

12

POESÍAS

DE LA SEÑORITA

DOÑA ELADIA BAUTISTA Y PATIER

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

POR

DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

MADRID.—1871.

IMPRENTA Á CARGO DE J. J. DE LAS HERAS.

Calle de San Gregorio, núm. 5.

35
6234

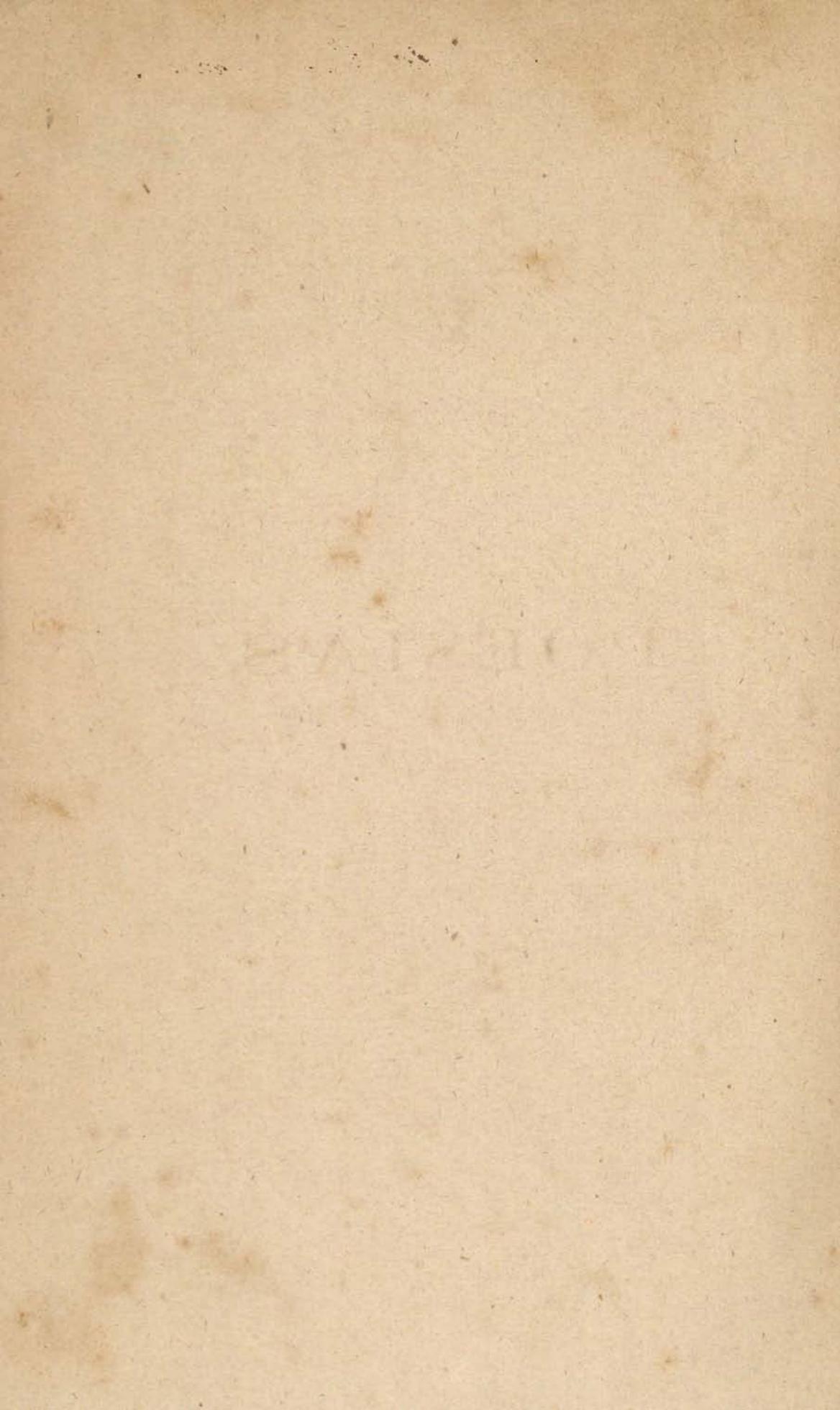
6235



Es

906

C-06937



N. Diaz de Escovar. ^R
132564

A-2271

POESIAS.

POSTER

POSTER

POESÍAS

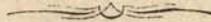
DE LA SEÑORITA

DOÑA ELADIA BAUTISTA Y PATIER

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

POR

DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.



MADRID.—1870.

Imprenta á cargo de Juan José de las Heras.
Calle de San Gregorio, núm. 5.

POESIAS

DOÑA ELADIA ECHEZARRA Y PAVIER



DOÑA ELADIA ECHEZARRA Y PAVIER

1910

Impreso en el taller de la imprenta de don Juan de la Cruz
en el número 10 de la calle de San Juan, 10.

PRÓLOGO.

En el mundo social, es un uso admitido y corriente las presentaciones de las personas desconocidas, hechas por los amigos de la casa, ya personalmente, ó en caso de ausencia por medio de una carta, en la que se hace constar las cualidades del presentado: del mismo modo en el mundo del arte los jóvenes poetas que, indecisos y tímidos asoman á la puerta de esa gran institucion que se llama república de las letras, buscan un amigo ó un escritor que les sea simpático por sus obras, aún cuando no le conozcan, y con su libro de versos en la mano, que suele ser su carta de recomendacion, le ruegan los introduzca en la gran familia literaria, que por lo general suele estar mal avenida entre sí, pero que acoge siempre al recién llegado con la mayor benevolencia y cariño.

En ese caso, cábeme hoy la honra para mí muy satisfactoria, de que la señorita Bautista me haya designado, sin conocerme, para que haga su presentacion, reclamando para ella un puesto en el coro de las poetisas, honra que acepto con placer sumo, orgullosa de la nueva y simpática figura con que voy á enriquecer el literario palenque femenino, donde será acogida con el entusiasmo que merece, quien como ella, presenta por toda recomendacion un libro de poesías tan bellas como las que siguen á continuacion de estas mal trazadas líneas.

No es mi propósito hacer de ellas un análisis detenido y minucioso, yo no soy crítica, ni como tal hubiera aceptado jamás el encargo de hacer un prólogo; deseo únicamente dar una prueba de mi afecto y de mi admiracion por su talento á la señorita Bautista, y ya que tanto me ha favorecido, bosquejar en una breve reseña aquellas de sus poesias que á mi humilde juicio resaltan más por su inspiracion y belleza. Haré una salvedad, si se me permite, y es que para mí todas son buenas; sedúcenme irresistiblemente las obras que llevan al pié una firma de mujer, impidiéndome ver sus defectos las simpatias que desde luego me inspira la autora con sólo pertenecer á mi sexo y haber tenido el valor de lanzarse con nosotras á los hazares de una condicion poco alhagüeña. Digo esto, porque en España no se educan las mujeres para literatas, ni gusta en lo general vernos convertidas en poetas, á pesar de que la civilizacion y la costumbre van poco á poco ensanchando el mezquino horizonte que nos rodea. Las que, atrevidas por demás, nos hemos lanzado á la arena li-

teraria y periodística, no ha sido sin soportar todo género de amarguras y decepciones, animándonos únicamente ese impulso misterioso, que pone la pluma en nuestra mano, y no sé si llamar génio, inspiracion, ó amor propio; de todo puede haber.

Ahora bien: mi mision se reduce á presentar una nueva poetisa, voy á cumplirla; pero antes de hablar de sus versos, parece natural dar una ligera idea de su vida, para que se comprendan mejor y se aprecie en su verdadero valor, el mérito de este precioso libro que ha nacido como las flores silvestres, en un campo sin cultivo, amagado siempre por los violentos huracanes de un temporal deshecho, por las borrascas de un infortunio amargo y prematuro.

Por el año cuarenta y tantos, no importa la cifra exacta, nació en Morella una preciosa niña, hija del teniente coronel de ejército, D. Juan Bautista, y de doña Josefa Patier.

A esta niña, en cuyos ojos grandes y expresivos se manifestó desde luego la llama del genio, pusieron por nombre Eladia. Pocos meses despues de este acontecimiento, que llenó de júbilo al feliz matrimonio, se trasladaron á Granada, ciudad de los amores y de los encantos, donde brotan los poetas como las flores de sus risueños cármenes. Allí recibió Eladia en su alma tierna y sencilla el gérmen de su inspiracion, aquellas auras embalsamadas, fecundaron su pensamiento, por más que el ideal concebido en aquel poético suelo, no adquiriese forma hasta algunos años más tarde. Doce primaveras habria pasado escasamente en la risueña Granada nuestra jóven poetisa, cuando su padre resol-

vió tomar el retiro, y anhelando respirar los aires de su país, se trasladó con su familia á Mula, pueblo de la provincia de Murcia, donde por falta de estímulo y enervado á consecuencia de infortunios crueles y repetidos, debió morir el génio poético de Eladia si no hubiera estado ya en su alma tan profundamente arraigado.

Llevaba de Granada la graciosa niña una instruccion regular, adquirida en uno de los mejores colegios de aquella capital, donde sus progresos y su disposicion causaban el asombro de cuantos la oian. Su aficion al estudio era extremada, desarrollándose en Mula de una manera notable, á pesar de los terribles golpes que han amargado su existencia con la pérdida de sus padres y de dos hermanos. Huérfana hoy la señorita Bautista, y con excasa fortuna, siendo la providencia de tres hermanas á las que sirve de madre, cultiva las letras por hallar un consuelo á sus pesares, encontrando en el estudio un desahogo su angustiado corazon que, tierno y sensible, no llora solamente sus desgracias, llora las ajenas, llora las de la pátria, las de la humanidad, las de la pobre madre que vé partir á su hijo á la guerra, reflejándose en todas sus inspiraciones esa delicadeza de sentimiento que las hace tan atractivas, y la independencia y energía de su carácter. Se admira en las poesías de la señorita Bautista, rasgos poderosos de su génio que al elevarse á gran altura demuestra que no ha nacido para vivir en el mezquino horizonte de uná aldea, necesita aire para respirar y espacio donde estender sus poderosas alas. Desde la primera página se hace simpática al lector, que sin duda alguna, al ver

que el libro es de mujer, y que una mujer la abona, fruncirá el ceño; pero Eladia le dice con tanta oportunidad como gracia:

Yo invoqué á las nueve hermanas
Y al rubio dios del poeta
Le pedi,
Que mil canciones galanas
Le diese á mi lira inquieta
Para tí.

Esta bellissima composicion hace asomar una sonrisa benévola á los lábios del lector que, con ávidos ojos, sigue recorriendo las preciosas páginas donde con asombro creciente encuentra poesías llenas de donaire, de gracia y de frescura.

Entre las ligeras y festivas, se distinguen las tituladas: *A un Ruiseñor*.—*A una flor silvestre*.—*La poetisa y el Ruiseñor*.—*No dejó mi valle*.—*Adios á Lorca*.—*La virtud*.—*Plegaria*.—*Flor del alma*.—*Dulce sueño*.—*El crepúsculo de la tarde*.—*La niña del Prado*.—*A los redactores de El Libro verde*.—*Emblema de cinco flores*, y la graciosísima barcarola que empieza con esta donosa estrofa:

«¿A dónde nos lleva
Sin rumbo la nave?
¡Ay! ¡nadie lo sabe
Le falta el timon!...
De escollo en escollo,

El viento nos lanza,
 ¡Adios, esperanza!...
 Laureles, adios!...
 Luchemos, luchemos,
 Tengamos valor.»

Empero, el asombro del lector sube de punto al contemplar que la musa de Eladia, de sencilla y juguetona en las composiciones mencionadas, se torna severa y filosófica, tratando importantísimas cuestiones políticas y sociales con una rectitud y elevación de sentimientos extraños en una niña que no ha salido de Mula, que no conoce más mundo que el mezquino que la rodea en un pueblo de excaso vecindario, donde no tiene ni maestros que la enseñen, ni amigos que la ilustren.

En los *Ecós de una madre*, se indigna y clama contra la inicua ley de las quintas que la hace poner en boca de una madre las siguientes angustiadoras frases al ver alejarse al hijo de sus entrañas:

«Nunca pensé en este día,
 No imaginé que llegara
 El momento en que los hombres
 De mis brazos te arrancaran.

Creía que andando el tiempo,
 Esa ley se derogara,
 Y que soldados no habría
 Sino *adictos* á la pátria.»

Más abajo, dice:

«Y ¿por qué tal injusticia?
 ¿Por qué las leyes tiranas
 Han de arrancar á una madre
 Los pedazos de su alma?
 Dicen que el rey es el dueño
 De toda nuestra comarca,
 Que es su derecho divino,
 Que su persona es sagrada,
 Pero yo creo que el hombre
 Es tan libre como el águila,
 Y no tiene más señores
 Que el gran Dios que le creara.»

.

En estos pensamientos formulados con tanta sencillez, se vé la sangre de la señorita Bautista encenderse, sin saberlo acaso ella misma. Sublévase su alma enérgica y generosa contra las *quintas* y contra *el derecho divino*, que no comprende ni admite. Adivina la falta de brazos que necesitan nuestros estériles campos, si se ha de levantar la agricultura arrancando á esta rica tierra sus veneros de riqueza, y dice:

«Quizá algun dia al quejarse
 De que la industria se para,
 De que el comercio se muere,
 La agricultura desmaya,
 Y que ella misma sin fuerzas
 Falta de vida se halla,

Podrá pensar que los hombres
 Que á los hogares arranca,
 Son los que le dieran vida,
 Los que pueden levantarla.»

.

Esta composicion por la fácil expontaneidad con que está escrita, y por la importancia de su pensamiento, es una de las mejores del libro. Hay otras muchas de este género que tambien entrañan cuestiones importantes; entre ellas es notable por su elevacion de ideas, la titulada *La hija de la Caridad*, en que una pobre expósita se lamenta de la injusticia de las leyes sociales, exclamando con íntima amargura:

«¿Y qué crimen cometi
 Para ser tan despreciada?
 ¡Oh! sociedad ilustrada,
 ¿Por qué condenas asi?
 ¿Es mi culpa haber nacido
 Un dia á tu aliento inmundo?
 ¿Soy culpable por que al mundo
 Tu corrupcion me ha traído?»

.

A la Fé.—*A la Esperanza.*—*A la Caridad*, son bellísimas, no lo son ménos *El Miércoles de Ceniza.*—*La Meditacion.*—*Una lágrima.*—*Una queja.*—*Aniversario.*—*Las ilusiones.*—*Al Eterno.*—*A D. Manuel Amoraga.*—*Al brigadier de la Armada, D. Carlos Valarcel.*—*A la Concepcion de Maria* y algunas otras que

no menciono, por no hacer interminable esta breve reseña. Réstame sólo hablar de las tituladas: *A Cervantes*. — *La muerte de Abraham Lincoln*. — *A la muerte de Monroy*. — *A la Abolicion de la Esclavitud*, y la última, con que termina el libro, *A España libre*.

Un precioso romance dedica Eladia al inmortal Cervantes, presentando á España el modelo de aquel gran génio, que murió pobre y desdeñado de todos, excitándola á que premie el talento verdadero y no recibirá lecciones tan duras como la que le ha dado la gloria de Cervantes que, trasmitiéndose de siglo en siglo, arroja en cara su ingratitude á la madre desnaturalizada que vió con ojos serenos la amarga vida á que estuvo condenado el que es hoy su más glorioso y esclarecido timbre.

¡Vanas declamaciones! Eladia siente bien, y sus ideas responden á la rectitud de su alma; pero la sociedad es incorregible siempre, lo mismo en los antiguos tiempos, que en los modernos, se alimenta con el feo vicio de la ENVIDIA, perseguidora implacable del que algo vale, y España necesita muchos años todavía para colocarse á esa altura de ilustracion en que se hace justicia al talento y se premia el mérito. Resígnense, pues, nuestros sábios, á llevar la vida del ilustre manco de Lepanto, ó háganse *políticos*, y segun sus ideas, ó el partido que domine, así serán atendidos y considerados.

Agitábase en Madrid, por la primavera del año 1866, la idea de la abolicion de la esclavitud. El deseo de borrar de nuestra España esa gran injusticia, ese crimen nefando, excitaba la caridad de todos los

corazones amantes del buen nombre de su pátria. El instinto de independéncia en los hombres y el sentimiento de humanidad en las mujeres, les hizo formar un santo lazo, congregándose para trabajar unidos en pro de la santa causa, exhaltando el sentimiento público y preparándole para la abolicion.

La sociedad abolicionista anunció un certámen poético que tuvo efecto el 21 de Mayo de 1866, en cuyo palenque literario lucharon las más ilustres plumas. No fueron las poetisas las últimas en acudir con su grano de arena á la noble empresa; una de las más ilustres, Concepcion Arenal, obtuvo el premio rivalizando todas á porfía en una causa tan santa. El corazon de la mujer, tierno de suyo y delicado, no podia ménos de acoger con entusiasmo la idea de proteger al oprimido, de tender la mano al débil, de redimir al esclavo.

Eladia presentó tambien al certámen una valiente y entonada oda, que bastaria por sí sola para darla el título de escritora, y de escritora notable si en todas sus demás poesías no se notase el mismo sentimiento y la misma riqueza de imágenes y de conceptos.

No ménos inspirada y bella es la que dedica á la muerte de Abraham Lincoln, el ilustre leñador, honra de la jóven América. Impregnada el alma de la novel poetisa en las ideas de abolicion, se extiende en estas dos magníficas odas en consideraciones muy acertadas y juiciosas, que demuestran en alto grado el cultivo que ha sabido dar á su espíritu en medio de la soledad que la rodea.

Hijo de Múrcia el gran poeta D. José Martinez Monroy, cuya prematura muerte lloraron las musas es-

pañolas, mereció de la sonora lira de Eladia una elegía tan sentida, tan armoniosa y espontánea, que no podemos resistir al deseo de trascribir sus primeros versos, para que nuestros lectores admiren la sencillez y galanura de sus conceptos y la armonía imitativa de que se hallan impregnados. Al oírlos me parece escuchar las dulces églogas de Garcilaso, dice así:

«Entre las olas de la brisa siento
 De una voz melancólica el gemido;
 Triste como el acento
 Que presta al raudó viento
 De una campana fúnebre el sonido.
 No iguala al eco que en los aires zumba
 Cuando la antigua torre
 Al peso de los años se derrumba
 Y en gemido suave
 Como el que herida por aguda flecha
 Lanza doliente el ave;
 Como el que exhalan las hermosas flores
 Al apagarse el día,
 Meciéndose en sus tallos cimbradores;
 Como el suspiro tierno
 Que dá al aire la linfa trasparente
 Cuando del huracan las recias alas
 Pasan rozando su cristal bullente.
 ¿Será naturaleza que suspira
 Porque ha callado de Monroy la lira?»

Si tierna y enérgica á la vez se muestra en las an-

teriores composiciones, en la última con que termina el libro titulada *A España libre*, nos deja ver su alma entera, patriótica, entusiasta y arrebatada por las glorias de España. El fuego de su inspiracion se desborda analizando las desgracias de la pátria durante los últimos años en que ocupó el s6lio de San Fernando la reina que fué recibida cuando niña *cual lluvia celestial de primavera*, y revelándose contra los señores de *derecho divino* exclama:

«¡España, España! tu blason glorioso
 Nunca por la opresion ajado sea;
 Que jamás en tus páginas se lea
 Un renglon tan horrible y afrentoso.
 Nunca esclava te humilles á tus reyes,
 Nunca dejes que usurpen tus derechos,
 Que tienes hijos de valientes pechos
 Que defiendan tus fueros y tus leyes.»

Así acaba el libro, cuyo interés es tal, que al abrirle por la primera página no se puede soltar de la mano hasta concluir su lectura. No voy á juzgar de las ideas que en él dominan; me limito á exponerlas sencillamente, sin comentarios; hago justicia al génio de la señorita Bautista, colocándola desde luego á gran altura en la república de las letras, donde tiene un envidiable puesto si sigue cultivando con tanto provecho sus privilegiadas dotes.

Hállanse defectos en sus poesías, no lo niego; toda obra humana los tiene, ¿cómo han de carecer de ellos la que está dictada por la inesperienza y escrita con el

fuego de la primera juventud? Empero su autora los corregirá para en adelante, perfeccionando su buen gusto literario con la continua lectura de nuestros buenos autores clásicos y modernos; estudie y trabaje sin cesar, y hallará la recompensa de sus tareas.

No es mi ánimo, como ya he dicho, detenerme á señalar las incorrecciones de la obra, que no son muchas por cierto; eso pertenece al crítico severo, no á la amiga, á la compañera cariñosa, á la hermana en letras, que con tanto entusiasmo como amor la lleva de la mano á presentarla en el palenque literario, diciendo á sus poetas: «Ahí la teneis, es una niña tímida, sensible y tierna; alentadla con vuestra sonrisa, proteggedla con vuestra indulgencia, está dotada de un génio poético admirable, y al calor de vuestra mirada benévola y de vuestro apoyo generoso, ella dará excelentes y ricos frutos á la literatura pátria.»

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Santander, Agosto de 1870.

TODO PARA TÍ.

AL LECTOR.

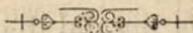
Yo invoqué á las nueve hermanas,
Y al rubio Dios del poeta
 Le pedí,
Que mil canciones galanas
Le diese á mi lira inquieta
 Para ti.

Y entonces la luz del dia
Pudo mi voz insonora
 Ya cantar,
Y la plácida alegría
De la avecilla canora
 Retratar.

Pude alzar mi canto al cielo,
Alabando en las alturas
 Al Señor;
Bajarla despues alsuelo,
Y cantar las auras puras
 Y la flor.

El rumor del manso río
Y su corriente serena
Yo canté;
Y la gota de rocío
Que en la galana azucena
Contemplé.

Con los sonos de mi lira,
Murmurios, cantos y acentos
Repetí;
Y cada vez que se inspira,
Lanza su voz á los vientos
Para ti.



A MI INSPIRACION.

Siempre conmigo tú, sombra adorada,
Siempre velando la existencia mia,
Cuando llega la noche sosegada
Y cuando luce esplendoroso el día.
Tú me llevas al cielo, remontada
En álas de arrogante fantasía,
Tú me conduces á los hondos mares.
Y me haces entonar dulces cantares.

En la dichosa edad, tu imágen bella
A través de los tiempos contemplaba,
Cual bajo nube diáfana una estrella
Que el porvenir oscuro me alumbraba.
Mis ojos iban siempre tras de ella,
Que corrieran los años anhelaba,
Para ver alumbrar sobre mi frente
De aquella hermosa luz el rayo ardiente.

Ya el tiempo te dejó clara y brillante
Tus luces derramar en mi cabeza;
Ya alumbras de mi espíritu anhelante
Toda la animacion y la viveza;
Ya dejas ver al corazon amante
Exhalando suspiros de terneza,
Y ya iluminan tus fulgores rojos
El apagado brillo de mis ojos.

¡Oh! cómo el corazon entristecido
Sentí yo palpitar dentro del pecho,
Cuando nunca una queja ni un gemido
Lanzar podia en su recinto estrecho!
Y cuántas veces repitió el latido
En llanto amargo de dolor desecho,
Al ver que los afectos que sentia
Expresar en mis versos no podia!

Hoy ya puedo cantar: mi pensamiento
Audaz recorre y mide el ancho mundo;
Y tú le das infatigable aliento
Para volar en su interior profundo.
De instruccion y saber falta me siento,
Pues cuanto estudio más, más me confundo,
Y desprendida de la ciencia y arte
Tú sola tienes en mi gloria parte.

Por tí canto la historia de mi vida;
Por tí canto las auras y las flores;
Por tí canto en mi citara querida
Mi dicha, mi placer y mis amores:
Por tí con una lágrima sentida
Mi pesadumbre canto y mis dolores,
Y por tí mi cancion en raudo vuelo
Sobre los aires se remonta al cielo.

Por eso el corazon te he dedicado
Con su amor y exquisito sentimiento;
A tí mi vida entera he consagrado,
A tí se dedicó mi pensamiento:
A tí ofrece mi espíritu arrobado
Cuanto del pecho en lo profundo siento,
Porque eres tú mi imagen más querida,
Y eres mi gloria, mi ilusion, mi vida.

Ven musa bella, ven, posa tu mano
Sobre mi corazon que late ardiente,
Y préstame tu influjo sobrehumano
Para que diga lo que el alma siente:
Alienta con tu soplo soberano
La llama que fugaz quema mi frente,
Para que el canto en que prorumpa luego
Rebose animacion y brote fuego.

Quiero que el ojo humano que no alcanza
A ver lo que el espíritu en sí cierra,
Dentro de mí penetre, y mi esperanza
Vea muy lejos de la baja tierra:
Que contemple mi lucha en la mudanza
Que ofrece el mundo, y en su cruda guerra,
Y que á los golpes duros de la suerte
Resiste el alma valerosa y fuerte.

Quiero que me conozca, que comprenda
Lo que hay dentro de mí, lo que yo puedo
Y que en mucho saber, sin que se aprenda
La ciencia del sentir, á nadie cedo:
Que mis ideas intimas entienda
Ya si es triste mi canto, ya si es ledo,
Y que sepa, por fin, á dónde avanzo
Y con mis sueños hasta dónde alcanzo.

Más ¿tú podrás inspiracion divina
Dar á mi mente cuanto ansiosa pido?
¿Podrás tú con tu llama purpurina
Inflamar cual deseo mi sentido?
¿Tendrás imperio imagen peregrina
Para mandar que en vuelo decidido
A otra region el alma se levante,
Y henchida de placer sus triunfos cante?

¡Ah! si que puedes; porque tú alimentas
El amor puro que en mi pecho arde,
Y en el dolor amargo me contentas
Porque jamás para sentir es tarde:
En las luchas del mundo tú me alientas
Para que el triunfo con valor aguarde,
Y quien tiene poder ¡ay! para tanto,
Puede animar mi adormecido canto.



LA CONCEPCION DE MARÍA.

¡Oh, sumo Jehová! Dame el acento
Del Querub que á tus piés tus glorias canta;
Concede á mi garganta
De los coros celestes el concento.
Quiero que el eco mio
Parezca más suave
Que el cántico del ave;
Más grato que el rumor del manso rio;
Más dulce que del céfiro el murmullo,
Más tierno que el sonido
Que regala al oido
De enamorada tórtola el arrullo.
Yo he menester de voz sonora y pura
Si he de cantar tu superior hechura,
Y para dar sus mágicos colores
Al instante primero de María,

El pincel con que vistes á las flores,
O el que dibuja el arrebol del dia.

Era una noche plácida y serena:

Sobre la hermosa Nazaret fijaba

Su ambulante palacio

Risueña como nunca la fortuna,

Y suspendida en el celeste espacio

Derramaba su luz la blanca luna.

La ciudad reposaba

De sus fatigas en tranquilo sueño,

Agona de que Dios le preparaba

El triunfo más cumplido y halagüeño.

En tanto del Empireo descendia

El ángel del Señor: su pura frente

Destellos de esperanza despedia

Para la raza de Abraham creyente.

Batió sus álas bellas

Sobre el dormido Nazaret, y al punto

En la humilde morada

De Ana y Joaquin posó las puras huellas,

A presentar del cielo la embajada

Ceñido del fulgor de las estrellas.

Los ancianos esposos

Partian cuatro lustros cariñosos

El tálamo nupcial, sin esperanza

De conseguir el fruto bendecido;

Más ¿qué mortal alcanza

Los juicios que el Señor ha concebido?

«Alzad la pura frente,

Les dijo el ángel: Jehováh me envia

Para anunciaros la feliz aurora

Del más risueño y esplendente dia.

Regocijate, anciana: de tu seno

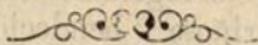
Tanto tiempo infecundo,

Nacerá para bien de los mortales

La Señora del mundo.

Suprema Emperatriz de tierra y cielo,
Y de María bajo el dulce nombre,
Será de los que gimen el consuelo,
Y Madre del Dios-Hombre.»
No dijo el ángel más: se alzó en seguida
Entre una nube trasparente y pura,
Y la Virgen sin par fué concebida,
Bendiciéndola Dios desde su altura.
¡Feliz instante! Descorrióse el velo
Que ocultaba la luz á las naciones,
Y ante la aurora sonrióse el cielo
Y el averno tembló con sus legiones.
La mancha del pecado se estinguía,
De la muerte el poder se disipaba,
La libertad del hombre renacia,
La esclavitud del siervo terminaba.
Miriam iba á nacer: la mujer bella
Que miraba el mortal en lontananza,
Venía á ser su plácida esperanza,
Su fuerte égida, su divina estrella:
El faro que feliz le iluminara
En el mar proceloso de la vida,
El paño que sus lágrimas secara,
Su madre cariñosa y bendecida.
¡Oh misterio inefable y peregrino
Quien alcanzar tu excelsitud pudiera!
La Esposa del Espíritu divino
Llegaba á ser del hombre medianera.
Dios la creó para enjugar el llanto,
Dios la envió para endulzar la pena,
Por eso nos cobija con su manto
La que es de gracias llena.
La que está por encima del Querube,
La que el ángel bendice y reverencia,
La que hasta el trono del Eterno sube
Aunque la frente inclina en su presencia.

¡Oh, dulce Madre, celestial Señora!
Perdona que mi acento
Se eleve hoy hasta ti; la lira mía
No es digna de cantar el puro instante
En que tu madre fiel te concebía
De la muerte y del báratro triunfante!
Más deja que en mi amor tierno y profundo
Diga que fuiste para bien del mundo
La Esposa del Espíritu elegida,
Para hija del Eterno consagrada,
Para Madre del Verbo la escogida,
Y por eso sin mancha concebida,
Y por eso cual nadie inmaculada.



Á LA FÉ.

Flor que en el pecho del mortal plantada
Te alientas con el soplo del Señor,
Y al abrir tu corola delicada
Prestas al alma celestial olor;

Cuando por vez primera el sol que brilla
Desde la cuna el hombre ve alumbrar,
Lanza Dios en su pecho tu semilla,
Y la hace con su gracia germinar.

El niño crece, y á la vez tu planta
Frondosas ramas extendiendo va,
Y al corazon con el capullo encanta
Que á tí por flor al desplegarse da.

Y eres la flor que llena de hermosura
El alma adorna con sus galas mil;
Tu miel es la más dulce, la más pura
Que de virtud se liba en el pensil.

Como Madre de todas las virtudes,
La paciencia de tí brotar se vé,
En su infortunio triste al hombre acudes,
Y nace la esperanza de la fé.

El oro que avarientos codiciamos
Nos dices que de Dios es la bondad;
Llega el mendigo, nuestro pan le damos,
Y es hija de la fé la caridad.

¡Cuán hermosa es la fé, Dios infinito!
¡Oh cuán bello es creer que tras de aquí,
Tras esto tan pequeño, tan finito,
Goce en la eternidad se encuentra en tí!

¡Oh cuán dulce es creer que nuestros vicios
Perdonarás con tu paterno amor,
Y en cambio á nuestros leves sacrificios
Un premio les reservas, una flor!

¡Oh que grato placer el pecho siente
Creyendo que no muere la virtud,
Y que vive en el hombre eternamente
Esa planta de vida y de salud!

Más ¡ay! del corazon ya va faltando
De todas las virtudes la mejor;
Los pasos que da el tiempo van hollando
La tierna planta de tan bella flor.

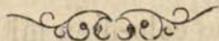
Secos los corazones ya no tienen
Jugo para poderla mantener,
Y sus marchitas ramas no contienen
Sino flores que están para caer.

Más aún hay almas que su esencia pura
Quieren con sus potencias percibir,
Y corazones en que está segura
La hermosa planta para no morir.

Yo percibo tu aroma, flor preciada,
Yo te senti en mi pecho germinar;
Deja que tu fragancia delicada
Pueda siempre mi espíritu aspirar.

Y si amargos y tristes los sucesos
Secan alguna vez mi corazón,
El jugo roba de mis pobres huesos
Y préstale á tu tronco su sazón:

Que con la gracia, celestial rocío
Que te baja del cielo á mantener,
Podrás tú refrescar el pecho mio,
Y al corazón la vida devolver.



À LA ESPERANZA.

Imágen pura que en mi pecho vives
Con la aureola de la fé ceñida,
Sueños dorados de inmortal ventura
Dando á mi vida:

Imágen bella que mi ser alientas
Con leve soplo que me presta calma,
Dime quien pudo tan preciosa joya
Dar á mi alma.

Dime que mano colocó en mi centro.
Tu bello sér, tu superior nobleza;
Dime que mano concederte pudo
Tanta grandeza.

Tú sin presente, sin pasado vives;
Sólo te alienta porvenir oscuro;
Un dia siempre que te alumbre aguardas
Plácido y puro.

Jamás del mundo en la tremenda lucha
Te rindes tú ni desmayada cedes;
Todo lo alcanzas con tu gran paciencia,
Todo lo puedes.

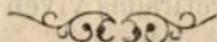
Sufrir no es dable al corazón humano,
Sin tí la vida de amargura llena;
Por eso Dios con tu divino influjo
Calma su pena.

Sufrir no puede con valor el hombre,
Sin tí la muerte que su mano toca;
Por eso al lado de la eterna vida
Dios te coloca.

Y eres tan bella que afanosa el alma
Te busca siempre con amor profundo,
Y por gozarse de vivir contigo
Vuela del mundo.

¡Ah! no te apartes de mi lado nunca,
No me abandones en mi amargo llanto,
Dame la fé que tu diadema forma,
Dame tu manto.

Dame tu aliento con que fuerte luce,
Dame valor para alcanzar la palma,
Y huirá por siempre la mortal congoja
Lejos del alma.



LA CARIDAD.

Hay un eden, morada del consuelo
Que alberga al peregrino,
En el largo camino
Por donde el alma se dirige al cielo

En él se encuentran flores perfumadas
Que nunca se marchitan,
Porque no las agitan
Sino ambientes y brisas regaladas.

Las virtudes no más imprimen huellas
En aquel paraíso
Porque el Eterno quiso
Formarlo solamente para ellas.

Allí del mundo retiradas viven
Ajenas de dolores,
Y recibiendo loores
También de Dios la inspiración reciben.

Y Dios que escucha al corazón que gime
En este valle oscuro,
Alzó su acento puro
Diciendo á la virtud que es más sublime:

«En tu albo seno el manantial existe
De que brota el consuelo;
Levanta, pues, tu vuelo,
Y vé en mi nombre á consolar al triste.»

«Tu amor aliente con su pura llama
Sin tregua al abatido;
Mas tu blanco prendido
No des por los laureles de la fama.»

La caridad voló: sus tiernos brazos
Brindando amor se abrieron,
Y al mortal ofrecieron
La prision dulce de sus puros lazos.

Después tornó la cándida mirada
Para ver al doliente,
Y exclamó sonriente
Levantando su voz apasionada:

«Yo soy una virtud amante y pura,
Un ángel bendecido,
• Que no sé si he nacido
Allá en el cielo ó en la tierra oscura.»

«Sé que la reina soy de los amores,
Mi ley un sentimiento,
Y en mis sienes sustento
La corona inmortal de blancas flores »

«Venid á mí los que llorais sin calma
Decidme vuestros males,
Que yo guardo, mortales,
Todo el consuelo que ambiciona el alma.»

Y la virtud calló: su blando acento
Los ecos repetían,
Y otras voces se oían
Resonar confundidas en el viento.

Era el anciano hundido por la carga
De sus días mejores,
Que hallaba mil dolores
Tocando el fin de su carrera larga.

Y el enfermo sin lecho y desvalido
Que gemía doliente,
Y el huérfano inocente
Que tierno daba su primer vagido.

Aquellos tristes con dolor profundo
Su alivio demandaban,
Y no los escuchaban
Los que vivían en alegre mundo.

Más no en vano su espíritu gemía
Con esperanzas bellas;
Pues sus justas querellas
La caridad amante recogía:

Porque ella es fiel amiga del anciano,
Madre tierna del niño,
Y con puro cariño
Al triste enfermo le apellida hermano.

Y porque nunca errantes anduvieran
A todos fundó asilos,
Donde al ménos tranquilos
Correr sus días azarosos vieran.

Pero una perla embelleció sus ojos
De su amor desprendida,
Al besar conmovida
Del niño sin hogar los labios rojos.

«Sér inocente que sin culpa lloras,
Si una madre perdiste,
Otra tierna te asiste
Que endulzará de tu vivir las horas.»

«Si un padre que te guie con ternura
No tienes, por tu sino,
Yo te abriré el camino
En que hallarás el bien y la ventura.»

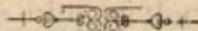
Así habló la virtud: su puro seno
Dió cuna al inocente,
Y de nuevo en su frente
Un ósculo imprimió de amores lleno.

¡Oh caridad divina! Bien cumpliste
Tu mision sacrosanta,
Pues do pones tu planta
Consuelo llevas para todo el triste.

Si donde estás la gratitud no llora,
Nadie lágrimas vierte,
Pues el sol de otra suerte
Do quier que vás el firmamento dora.

Bendito sea tu cariño tierno,
Tu bondad exquisita,
Y por siempre bendita
La mision bella que te dió el Eterno.

Tú los lauros del mundo no deseas
Para ensalzar tu nombre,
Pero deja que el hombre
Te diga sin cesar: ¡Bendita seas!



A GRANADA.

Nunca se va de la memoria mia
El recuerdo de ti, bella Granada,
No pasa un sólo día
Que te deje olvidada,
No vuela ni un momento
En que aleje de ti mi pensamiento.
Por más que esté de sinsabores llena,
Y no tenga mi alma
Un instante de calma
Para aliviar lo agudo de mi pena,
Recuerdo tus bellezas y tu encanto
Igual que en los placeres en el llanto.
Pero, ¿cómo podré, Granada hermosa,
Mientras viva olvidarte?
¿Cómo dejar de amarte
Podrá mi corazón, cuando gozaba
Tanta dicha en tu suelo, que miraba
Deslizarse halagüeños
De la vida los días más risueños?

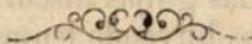
Contemplando tu cielo zafirino;
De tu brisa aspirando la ambrosia,
Viendo en tu blanca sierra los fulgores
Que vierte el claro día;
Oyendo de tus fuentes el murmullo
Y respirando el ámbar de las flores
Que el céfiro columpia en tus pensiles
Con cariñoso arrullo,
Cumplí los seis abriles.
¡Hermosisima edad de encanto llena,
De pesar y de lágrimas ajena!
¡Oh! cuanto disfruté, ciudad amada,
En edad tan preciada,
Al despuntar la aurora
Admirando tu Alhambra encantadora,
Memoria lisonjera
De las espadas de Isabel primera!
¡Oh! cuanto yo gozaba en la subida
De aquel bello palacio,
Viendo la paz dichosa y el sosiego
Morar siempre en su espacio;
Y escuchando en sus árboles gigantes
Murmurar mansamente
El aromado ambiente!
Y cuanto me halagaba... ¡Pero cuando
Mi insonora canción terminaria
Si fuera tus delicias recordando?
¡Cómo cantarlas todas yo podria,
Si es tanta tu grandeza,
Y eres toda un pensil, una belleza?
Del español soldado la bravura
Recuerda el militar viendo tu vega;
Del Dauro bullicioso
Contempla el viajero alegremente
La dorada corriente
Que los jardines de tu Alhambra riega,

Y en ellos ve laurel, rosa y violeta
Para adornar sus sienas el poeta.

Por eso lejos de tu fértil suelo
Que dulces cantos sin cesarle inspira,
Lejos al verse de tu alegre cielo
Triste el vate suspira.

¿Y qué mucho, morada del contento,
Es que el hombre te admire,
Y que de tí alejado
Con tristura suspire,
Si se encuentran en ti, ciudad querida,
Todos los atractivos de la vida?

Pero Granada, yo que el nombre tuyo
Llevo escrito en la mente;
Yo que del corazón á tu memoria
Derramo llanto hirviente;
No lloro sólo al recordar tu encanto
Que al hombre halaga tanto;
Ni porque ya no miro
Tus hermosos primores,
Ni porque ansío tus fragantes flores
Para ceñir mi frente; yo suspiro,
Porque sólo en tu seno
Vivió mi corazón de dichas lleno.



A UN RUISEÑOR.

Serena y clara es la noche:
La luna su tibia lumbre
Esparce sobre la tierra
Que el sueño en silencio sume.

Esmaltan el firmamento
Las estrellas con que luce,
Y todo es calma y sosiego:
Nada el silencio interrumpe
Sino el ruido del arroyo
Que entre las guijas discurre.

Las horas huyendo lentas
Muy tierno placer infunden
En la conciencia tranquila
Y en el corazón que sufre.

¡Qué bellas son á mis ojos!
Callada la muchedumbre
De voces que el aire pueblan
Y cuyos sonos me aturden,

Mi espíritu se regala
Con esa luz que difunde
Sus rayos, del firmamento
Por las bóvedas azules.

¡Luna bella y misteriosa!
Nunca yo comprender pude
Tú quién eres, ni qué encierra
Tu seno de leves tules.

Jamás alcanzó mi mente
Ni explicarme jamás supe,
Por qué en la noche serena
Tan melancólica luces;
Ni por qué dejas al alma
Que ese arrobamiento guste,
Que la eleva sin sentirlo
Por encima de las nubes.

Pero más que tú me encantas,
Más que la noche me infunde
Placeres con su reposo
Sin que el corazón los busque,
Me admira en este silencio
Que un ave su voz module.

Dime tú, ruiseñor tierno
Que haces que tu voz retumbe
En estas horas tranquilas
Que al alma mía seducen!
Tú que prestas á la brisa
Ecos tan suaves y dulces
Que se los lleva á la rosa
En cambio de su perfume,
Y el silencio misterioso
En esta noche interrumpes:
Dime, dí, ¿quién te enseñó
Esos cantares que pules
Y suenan en tu garganta
Cual de armónicos laúdes?

Tú ni siquiera avecilla
Por un instante presumes,
Que almas haya que te envidien
Y atentas tu voz escuchén.

¡Ah! la mia se complace,
Se entristece, se confunde,
Y se enamora y se eleva
Cuando en tus cantos prorumpes.

Canta, canta, ruiseñor,
Entre acacias y abedules;
Canta tus tiernos amores
Y déjame que te escuche.

Cuando la brisa de Mayo
Quita á la celeste cumbre
Los celajes que en invierno
Del sol ocultan las luces;
Cuando del jardin la Diosa
Con ricas flores acude
A engalanar la campiña
Que de tristeza se cubre;
Cuando ya el aura se aspira
Pura, balsámica y dulce,
Y hace todo que se humille
El hombre, y á Dios salude;
Cuando llega primavera
Con la rica muchedumbre
Que de gracias le dió el cielo
Para que el mortal disfrute,
Vienes tú; y alegre entonas
Cantos en que mucho abunden
Las ternezas con que el alma
Muestra á Dios sus gratitudes.

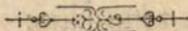
No te inspira del Estío
La mies que el suelo produce,
Ni del sol el rayo ardiente
Que la flor bella consume.

No te inspiran del Otoño
Los racimos que descubre
Entre pámpanos que sirven
Para conservar su lustre;
Ni te inspiran del invierno
Las amontonadas nubes,
Ni las montañas de nieve,
Ni el ronco aquilon que ruge.

No más que la Primavera
Inspirar puede tu númen,
Gran poeta que sin arte
Con tus canciones seduces.

¡Por qué, di, tierna avecilla,
En aqueste tiempo acudes
A contarnos tus amores,
Y así que es pasado huyes?
¡Por qué tu canto no entonas
Cuando el ábrego destruye
Con su aliento la flor bella,
Que en Mayo orgullosa luce?

¡Ah! tú el tiempo nos recuerdas
Más glorioso y más ilustre,
En que Dios creara al hombre
Rey del mundo que descubre,
Dándole apacibles áuras,
Flores de grato perfume,
Aves que ledas cantáran
Y un sol de brillante lumbre;
Y por eso tu garganta
Bellas canciones produce,
Cuando llega Primavera
Con sus flores y sus luces.



LA VERDADERA FELICIDAD.

De una colina risueña
Por la pendiente subía
Un jóven que parecía
Sufrir un fuerte dolor;
El tomillo y flor silvestre
Con su aroma le brindaban,
Más sus penas no borraban
Ni el tomillo ni la flor.

Algunos pasos anduvo,
Y ya la cima tocando,
A un viejo halló descansando
Cual si le esperase allí:
—¿Qué haceis? le pregunta al verle:
Y respondió en tono bajo:
—Descansando del trabajo
De haber subido hasta aquí.

—¿A dónde tú te diriges
Con el ceño tan adusto?
—A ver si borro el disgusto
Que tanto me hace sufrir.
—¿Pues qué tienes? ¿qué te aqueja?
Le pregunta el viejo ansioso:
—Me afano por ser dichoso
Sin poderlo conseguir.

Escuchando estas palabras
El muy venerable anciano,
Tomó una piedra en la mano
De un volúmen regular:
Sacó una pequeña caja
Y al jóven, dijo:—Probemos
Si en esta caja podemos
Esta piedra colocar.

—¿Qué locura! dijo el jóven
Piedra y caja contemplando;
¿Por ventura estais soñando
Para tal cosa querer?
¿Acaso no habeis previsto
Que la caja es muy pequeña,
Y que es enorme esa peña
Para en su espacio caber?

—¡Bravo! el anciano repuso:
Dices que es chica la caja,
Y que la piedra no encaja,
En su estrecha cavidad;
Pues dime, gallardo mozo
Ya que miras tan derecho,
¿Acaso puede en tu pecho
Caber la felicidad?

¿No sabes que es una cosa
La que tu mente desea,
Muy más grande que la idea
Y caber no puede en ti?

—Pues si es grande ó si es pequeña
Hombres he visto felices.

—Ten cuenta con lo que dices
Que no puede ser así.

Es la dicha un ángel bello
Con el corazón de cera,
Y así no puede aunque quiera
Ningun contacto tener;

Pues si el amor se le acerca
Con su fuego lo derrite,
Si con pasiones compite
Pronto lo pueden vencer.

Por eso muy lejos vive
De este miserable suelo,
Y sólo á través de un velo
La podemos percibir;

Y aún se oculta muchas veces
Si constantes la miramos,
Si piensa que la alcanzamos
Se desliza sin sentir.

—¿Y no podríais pintarme
Esa dicha que ambiciono,
De otra suerte que en mí abono
Aquí se pueda encontrar?

—Habrás visto muchas gentes
Que con todo se conforman
Y de este modo se forman
Su manera de gozar:

En ellas un ser existe
Que nada le causa pena,
Siempre está su faz serena,
Siempre le vemos igual:
Nunca con nadie se irrita,
«¿Esto me das? esto quiero.»
Tiene el corazon de acero
Y los ojos de cristal.

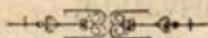
—¿Y qué nombre tiene el Sér
Que todo lo ve lo mismo?
—Se llama *indiferentismo*,
Lo nombra así la razon:
Con interés lo preguntas,
¿Te place ese sentimiento?
—No, que en mi pecho yo siento
Palpitar el corazon.

Y sufre cuando contemplo
Al enfermo desvalido,
Y me da triste latido
Si á otro miro padecer;
Por eso buscar queria
Esa dicha pura y santa,
Que nos arroba y encanta
Sin poderla conocer.

—Ya sabes que lejos vive
Y no puedes alcanzarla,
Deja por tanto de ansiarla
Hasta del suelo partir,
Porque es anhelar la dicha
Cuando existe en lo imposible,
El martirio más horrible
Que puede el hombre sufrir.

Ese impulso que te hace
Sufrir con el desgraciado,
Es virtud que en alto grado
Debe en tu pecho reinar;

Pues detrás de esa ventura
Porque tanto ansía el alma,
Encontraremos la calma
Tan sólo en el bien obrar.



A UNA FLOR SILVESTRE.

Gallarda flor que te meces
En las auras tus amigas
 Voladoras,
Y á mis ojos te apareces
Entre las rubias espigas
 Cimbradoras:

Que en el céfiro derramas
Cuando se acerca á besarte
 Tu ambrosía,
Y adornada de tus ramas
Me llenas al contemplarte
 De alegría.

¿Por qué ocultas la belleza
De tus vistosos colores
 Flor preciada,
Levantando la cabeza
De todas las otras flores
 Retirada?

Si es tu olor tan delicado
Como el que dan los jazmines
Y la rosa,
¿Por qué no estás á su lado
Meciéndote en los jardines
Orgullosa?

Vé á lucir tus bellas galas,
Al vergel rico y ameno,
Dó el ambiente
Batiendo sus tiernas alas,
Te besará de amor lleno
Blandamente.

Allí tus matices vivos
Brillarán por la luz pura
Reflejados;
Y los claveles altivos
Se verán por tu hermosura
Desdeñados.

Allí tu corola llena
De la ambrosía que espira
Perfumante,
Sonrojará á la azucena
De quien el ambar se aspira
Más fragante.

Allí con tiernas caricias
Te dará el ave su acento
Melodioso;
Y escuchando sus primicias
Te mecerás en un viento
Deleitoso.

Vé, modesta florecilla,
Donde serás envidiada
De otras flores,
Cuando galana y sencilla
Ostentes en la alborada
Tus colores.

¿No miras que aquí escondida,
Del rubio sol un destello
Te hace falta,
Y se apagará tu vida
Sin lucir el color bello
Que te esmalta?

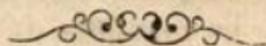
¿No miras que aquí consumes
De tu frente encantadora
La tez suave,
Tus delicados perfumes,
Sin que su cancion sonora
Te dé el ave?

¿Amas tanto, flor hermosa,
Este sitio en que sedienta
Te levantas,
Que en él te crees más dichosa
Que en un jardin que alimenta
Ricas plantas?

Más ¡ay! sí, que te ha servido
Aunque de aspereza lleno
Para cuna;
Perdona flor, si he querido
Arrancarte de su seno
Yo importuna.

Vive siempre en tu retiro
Mostrando en tu faz brillante
La sonrisa,
Al exhalar tu respiro
En el vuelo murmurante
De la brisa.

Y agradecida descuella
De este lugar en la calma
tan amable;
Porque es la virtud más bella,
La gratitud que en el alma
Vive estable.



A JULIO.

Dices que entre mil flores
De esencia grata,
Temeroso el tomillo
Sus ramas alza;
Y que modesto,
Su fragancia sencilla
Le da á los vientos.

Sin que tú lo notaras
Tu voz confiesa,
Que asoma temeroso
Por su modestia.
Mucho me agrada
Que así tu voz confiese
La verdad clara.

Algunas florecillas
El campo adornan,
Cuyos bellos colores
La mente arroban;
Pero carecen
Del aroma esquisito
Que todas tienen.

No es ménos agradable
Que el de la rosa,
Del tímido tomillo,
Julio, el aroma;
Ni ménos suave
Que aquel que los jazmines
Le dan al aire.

Más la mucha modestia
Que le acompaña,
Hace que temeroso
Dé su fragancia;
Y aún eso mismo,
A su esencia le añade
Más atractivo.

Porque no ignora nadie
Que es la modestia,
De las que al hombre adornan
La mejor prenda;
Ni que es doblada
La belleza de todo
Lo que acompaña.

El humilde tomillo
De esencia suave,
Es, Julio, de tu númen
La fiel imágen;
Porque tu oda
Vestida de modestia
Vierte su aroma.

Y en esas bellas flores
Que el campo esmaltan,
De colores bonitos
Y sin fragancia,
Muy bien copiado
Contemplo de mis versos
El fiel retrato.

Los cantos que produce
Mi ingenio pobre,
Agradan á la vista
Faltos de olores.
¿Y tanto anhelas
Que te apellide hermano
Mi cantinela?

Pero si al fin te empeñas,
Yo no me aparto;
Sé, tomillo fragante,
Desde hoy mi hermano:
Más ya te advierto,
Que soy flor sin aroma
Julio modesto.



LA INOCENCIA.

Bendita la edad hermosa
En que con blando ceceo,
Muestra el hombre su deseo
A la madre cariñosa.

Bendito el llanto que vierte
Cuando en sus manos el nido,
Vuela el pájaro atrevido
Que le encanta y le divierte.

Bendita, sí, la impaciencia
Que nos ahuyenta la calma,
En esa edad que en el alma
Reina solo la inocencia.

Edad feliz, edad pura
En que durmiendo la mente,
No piensa el hombre, ni siente
Por su pasada ventura.

Todo es bello, todo encanta,
En nuestra infancia querida;
¿Por qué, por qué nuestra vida
De ella un paso se adelanta?

No hay nada que nos consuele
Después de ese tiempo amado,
Cuando en el pecho encerrado
Un desengaño nos duele.

¿No es grato mirar al niño
Que llora por vano empeño,
Quedar alegre y risueño
Con una voz de cariño?

¿Qué vale que nuestra mente
Alce discreta su vuelo,
Si al saber más, más anhelo
Dentro del alma se siente?

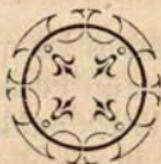
¡Ah! dichosos los que viven
Con los ojos aún cerrados;
Y del mundo los cuidados
No conocen ni perciben.

Que es triste coger las flores
Que el tiempo ofrece ambarinas,
Y hallar en ellas espinas
Que causan tantos dolores.

Breves días y sin calma
Pasamos en esta vida;
Y doliente y afligida
Los vé deslizarse el alma;

Pues si el libro de la ciencia
Que tenemos más precioso,
Es el tiempo presuroso
Do se adquiere la experiencia.

Tambien la dicha arrebatada
Con sus máximas mejores;
Y es como el sol, que á las flores
Les dá la vida, y las mata.



A MI AMIGA LA SEÑORITA DOÑA EMILIA CORTÉS,

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SU PADRE.

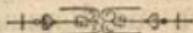
Como flor que al nacer la blanca aurora
Lozana muestra su color brillante
Con el fresco rocío embellecida
Y columpiada por la brisa amante,
Un día te miré. Tus labios rojos,
Tu frente blanca, erguida,
De tus mejillas el jazmin y rosa
Y la luz bella de tus garzos ojos,
Al despuntar tu juventud hermosa
Reflejaban unidos
Con el paterno halago embellecidos;
Y alegres se mecían con sonrisa
De la ilusión en la lijera brisa.
Yo era entonces el jóven pajarillo
Que comienza á batir las tiernas alas,
Y con pío sencillo
Cantando de natura vá las galas,
Y escuchar hace su canción primera
A la gallarda flor de la pradera.

Mas ¡ay, Emilia mia!
Marchitó el huracan la flor lozana
Que al soplo de la brisa se mecia
En la hermosa mañana,
Y aquel rocío de su vida encanto,
Le sirvió de copioso y triste llanto.
El sacre arrebató la tierna madre
Al pobre pajarillo que cantaba
De Febo los fulgores,
El aura que volaba
Entre las bellas flores,
Y la azucena pura
Empapada de néctar su blancura.
¿Qué nos queda, querida, de aquel tiempo
De dicha, de contento y de inocencia
En que tanto gozaba nuestra alma,
Y solo la impaciencia
De la niñez, solia
Interrumpir su placentera calma?
¡Ay! el recuerdo: solo esa memoria
De lo que ya pasó nos queda, amiga,
Esa memoria que á llorar instiga
Sobre la vida que se huyó ilusoria.
Si cuando juntas en la infancia bella
Estábamos gozando de ventura,
Nos hubieran predicho nuestra estrella
De pesar y amargura,
Quizás, quizás hubiéramos respuesto
De nuestro sueño encantador llevadas,
«No es esta nuestra suerte, no es á esto
A lo que estamos ambas destinadas.»
¡De qué manera, Emilia, los ensueños
Van á las tiernas almas halagando!
¡Qué dichas les ofrecen,
Y como desaparecen
Cuando se vá, querida, despertando!

¡Ay! que no pueda el corazon humano
Llegar de la esperanza hasta la fuente,
Y con ese placer que anhela en vano
Aspirar en su orilla
Embalsamado arrullador ambiente!
Qué el hombre en esta vida hallar no pueda
De placeres tan rico manantial,
Para ver en su pecho
Todo el pesar desecho
Y morando la dicha más cabal!
No sin razon vertemos triste llanto
Que nos amarga tanto;
Lloremos, mi querida,
Que este valle desierto,
De malezas cubierto,
Solo á llorar sin pausa nos convida.

Pero ¡ay de mí! que en vez de consolarte
Y calmar de este modo tu afliccion,
Vengo con mis cantares
A aumentar los pesares
Que desgarran tu triste corazon.

Perdona, amiga mia, que mi alma
Con el dolor profundo que la inspira,
Arranque vibraciones á la lira
Que aumenten tus dolores:
Yo quisiera cantar, entre la palma,
El aura embalsamada por las flores;
Las espumas nevadas
Que los limpios arrollos dan rizadas,
Y el rico tornasol que hay en el cielo
Para darte consuelo:
Mas ¡qué ha de poder dar un pecho herido
Sino del corazon triste gemido?



LA POETISA Y EL RUISEÑOR.

FÁBULA.

Era una hermosa mañana
Cual de Mayo placentero,
En la que yo me encontraba
Solícita discurriendo,
Para ensayar con fortuna
El apólogo primero
A que hubiera dedicado
De mi vida un poco tiempo.
Pero si mucho elevaba
Mi ambicioso pensamiento,
Ni símiles oportunos
Ni de moral bello ejemplo,
Hallar podía uno solo
Que llenara mi deseo.
Si asunto elegía llano
Que no descubriera esfuerzo,
Las fábulas recordaba
Del sencillo Samaniego,
Y ninguna me ocurría
Que él no ensayara primero.
¿Qué hacer si mi ingrata musa
No me daba ni un destello
Con que poder alumbrar
Algún rasgo de mi ingenio?
A dejar ya me dispuse
Pluma, papel y tintero,

A la vez con desenfado
Estas palabras diciendo:
«Odas haré y elegías,
Y letrillas y sonetos,
Pero la fábula, nunca
La hallarán entre mis versos.»
Más ¡ay! que por dicha mía
Mis voces estaba oyendo
Un ruiñeñor que su canto
Lanzaba en el raudo viento:
«Escucha, mala poetisa,
Me dijo el pájaro presto;
¿Dejas así desmayarse
Las fuerzas que te dió el cielo
Porque tu idea no puedes
Ensayar en breve tiempo?
Eran cuando yo nací
Débiles píos mis ecos,
Y de mis padres más tarde
Aprendí otro canto nuevo;
Más con aquellos cantares
No estaba yo satisfecho,
Y con solo mi trabajo
Aprendí el canto diverso
De la calandria, del mirlo,
Del canario y el gilguero.
Repasa tú cuidadosa
Las fábulas de otros génios,
Y trabajando despues
Podrás imitar su ejemplo;
Porque todo se consigue
Con el trabajo y el tiempo.»
Yo absorta me quedé un rato
Y el espíritu suspenso,
Que no esperaba de un ave
Leccion de tanto provecho.

SUEÑOS DORADOS.

I.

De oro preciosa madeja
En largas hebras partida,
Ver entre sus rizos deja
De Laura la frente erguida.

Robaron sus bellos ojos
El puro azul á los cielos,
Y son de rubíes rojos,
Sus finos lábios modelos.

Tiene sonrisa graciosa,
Garganta de nieve pura,
Mejillas de blanca rosa,
Fina y esbelta cintura.

Cuenta solo quince abriles;
Y dan á su rostro bello
Aún las gracias infantiles
De la inocencia un destello.

Más su belleza extremada
Y sus pocas primaveras,
Le hacen soñar fascinada
Niñerías y quimeras.

Laura, de su padre anciano
Es el encanto y delicia,
Y siempre de ella cercano
La aconseja y acaricia.

Miró á la jóven un dia
Con semblante lastimero,
Y le dijo:—Laura mia
Hoy reconvenirte quiero.

Me da pena al contemplar
Las bellezas que te adornan,
Esos sueños recordar
Que te engañan y trastornan.

No quiero que la inocencia
Que dá brillantes fulgores
En tu hermosa adolescencia,
Oculte sus resplandores.

Derrame la sencillez
En tí siempre su luz clara,
Porque dá la candidez
Más hermosura á tu cara.

Y aunque tan bella te mires
Y con atractivo tanto,
No quiero que nunca aspire
A enamorar con tu encanto.

Laura en silencio escuchaba
Las juiciosas reflexiones,
Y entre tanto meditaba
Defender sus ilusiones;

Y cuando apenas el viejo
Su relacion concluiá,
De esta manera el consejo
La jóven contradecía:

—Esas cosas padre mio
La tranquilidad no os roben;
¿Qué mucho si me atavio
Cuando soy dichosa y jóven?

¿Que mucho que yo pretenda
Fascinar con mi hermosura,
Para que otro pecho encienda
De mi amor la llama pura;

Cuando Dios que á todo ser
Dió un atractivo especial,
Enriqueció á la mujer
Con ese don celestial?

—De esa gracia encantadora
Es verdad que os ha adornado,
Más escucha un rato ahora
Lo que además os ha dado:

Una luz que se ocultara
Con cualquiera nubecilla;
La virtud, estrella clara
Que sobre la frente brilla.

Cristal que nada se ensancha,
Pero fácil se corrompe;
Pues el aliento lo mancha,
Y un leve soplo lo rompe.

Os dió una mente veloz,
Y una vasta inteligencia
Que escucha al punto la voz
Que sale de la conciencia:

Y advierte, Laura, que el cielo
Cuando estos dones os dió,
Ostentarlos sin recelo
A todas os ordenó.

Las palabras del anciano
Hirieron en lo más vivo
De Laura el corazón tierno
Al resonar en su oído;
Y cuando pensaba apenas
En amores y atavíos,
Los borraba de su mente
Con recordar los avisos.

¡Tal es la influencia que ejercen
Y la fuerza y poderío,
Los consejos de un buen padre
En el corazón de un hijo!
Pero el tiempo que destruye
Cuanto encuentra en su camino,
También con su planta huella
El sentimiento nacido
De lo más bello del alma
Más sensible y esquisito;
Y aunque no logre del todo
Como pretende extinguirlo,
Consigue borrar al ménos
Gran parte de su atractivo.

II.

Era un día bellissimo de Mayo
Cuando del sol la rubia cabellera
Que ilumina con su ardiente rayo
Las galas de la hermosa Primavera;
De un balcon los cristales penetraba
Alumbrando una estancia primorosa,
Donde la bella Laura se encontraba
Platicando con su aya cuidadosa:
Nunca, mi pecho amante, le decia,
Franca os abrí, mostrándoos el secreto
Que agitada me tiene noche y día
Y hace á mi corazón vivir inquieto.

Os dije solo que adoraba al hombre
Que con su ardiente amor me cautivara,
Y tambien luego os dije que mi nombre
Jamás con su apellido se juntara.

Sabed hoy que há tres años afligido
Mi buen padre con frases cariñosas,
Hizome reflexiones que en mi oido
Grabaron sus palabras sentenciosas.

Vivieron en mi mente un año entero
Sin que dejase nunca de escucharlas,
Pero el tiempo mudable y pasajero
Consiguió poco á poco disiparlas.

Volvieron á mi pecho los amores,
Mil galanes ansiaban mi cariño,
Y á todos los miré, como á las flores
Todas las mira el inocente niño.

No pudiendo querer á todos ellos
Porque fuera mi amor el más extraño,
A dos un rizo di de mis cabellos,
Y á los dos de igual modo los engaño.

—Mas siendo vuestro padre tan celoso
Que jamás os dejó, ¿de qué manera
Encontrásteis el medio provechoso
Para que vuestro amor no conociera?

—Como de mi seguridad contrajo
Contemplando mi juicio y obediencia,
Despues pude lograr sin gran trabajo
Disimular mi amor con la apariencia.

Más dejemos el medio que buscara
Para lograr por fin aquel objeto,
Y aconsejadme de manera clara
Cuando escucheis el fin de mi secreto.

Ya no ignorais que tengo dos amantes;
El que vos conoceis me roba el alma,
Pero es Marqués el otro, y quiero antes
Verme Marquesa que lograr mi calma.

Sé que Dios puso á aquel en mi camino
Y que con él mi dicha no envejece;
Pero prefiero á todo el pergamino
Que ante mis plantas el Marqués me ofrece.

—Ya tengo mucha edad, y ella os confiesa
Que por ese camino vais errada;
¿De qué os ha de servir veros Marquesa
Si os contemplais á un tiempo desgraciada?

Si vuestro corazon no es de ese hombre,
Si amais á su nobleza solamente,
Sabed querida, que el llevar su nombre
Con una mancha os sellará la frente.

Y yo tan solo aconsejaros quiero
Para veros feliz toda la vida,
Que ante todo en el mundo, es lo primero
Que procureis llevar la frente erguida.

Ambas callaron, y á Laura
Quedóle el rostro encendido,
Porque el prudente consejo
Sus ideas contradijo;
Y con ademan airado
Se levantó de improviso,
para escribir al amante
Que ella tuvo más cariño,
Que renunciaba á su amor
Desde aquel instante mismo.

III.

Más tranquila, más dulce y sosegada
Juzgó Laura que fuera su existencia,
Que la que mira alegre deslizarse
El párvulo inocente que no piensa.
Tal era su contento al desprenderse
Del amor puro que en su pecho ardiera,
Porque sus dulces y dorados sueños
Vería realizar siendo Marquesa.
¡Oh! decia á sus solas una tarde;
¡Cuán hermosa lucir veo mi estrella!
¡Qué de placeres hallaré en la vida!
¡Cuántos goces preveo que me esperan!
Bella y jóven me miro y poderosa,
Tiene mi corazon cuanto desea,
Y dentro de muy poco tendrá tanto
Qué pedir más y desear no pueda.
Soy del todo feliz, solo me aflije
Hace dos dias dolorosa pena
Porque al Marqués no he visto, y ya presiento
Que padece tal vez grave dolencia.
Más quizá como suele esté de caza
Y advertirme primero no pudiera,
Pues no es posible que sin causa alguna
Solo un instante de mi amor carezca.
Terminándose apenas sus palabras
De su estancia llamaron á la puerta,
Y mandando que entrasen, un criado
La entregó dos billetes que trajera.
¡Quién te ha dado, le dijo, estos billetes?

—Un lacayo y un hombre.—En hora buena;
¿Y se han ido ó aguardan?—Se han marchado
Porque los encargaron que no os vieran.
—Bien, retírate ya; replicó Laura:
El súbdito se fué con diligencia,
Y la jóven abrió el primer billete
Leyendo estos renglones con presteza:
«Jamás pude pensar que fuera falsa
La fé que me jurásteis tan eterna,
Ni que el amor aquel que en vos ardía
Se hubiese de apagar de tal manera.
Más no por esto, Laura, pena siento
Ni vengarse de vos mi pecho anhela,
Que el cielo que miró cual me engañasteis
Os ha de dar la justa recompensa.»
Está bien, dijo Laura: mientras tanto
Como deseo me veré Marquesa;
Enterada me quedo de la carta,
Ahora veremos lo que dice en esta.
Si no me engaño, dijo sin abrirla,
Del Marqués me parece que es la letra,
Hice bien en dejarla para luego
Que así me hará olvidar la otra leyenda.
Abrióla sin tardar para que el gozo
Al instante en su pecho renaciera,
Y mirando la firma del billete
Empezó su lectura con sorpresa.
«No faltó, en él decía, quien oyese
Aunque no lo pensábais la voz vuestra,
Cuándo de un corazón que juzgué puro
Confesásteis del fondo las ideas.
Ya sé que ha sido infiel el amor vuestro,
Sé que amais á mi nombre y no á mis prendas,
Pero vos no sabeis que mi apellido
Lo daré á la mujer que lo merezca.
Vos no sois digna de llamarme esposo

Ni de entrar en mi noble descendencia,
Y no osaré jamás por vida mia
Sellar con una mancha mi nobleza.»
Pálida y sin accion quedó la jóven
Al terminar lectura tan funesta,
Porque llenas de amor y de ternura
Creyó que sus palabras estuvieran.
¡Ay! exclamó llorando conmovida:
¿Quién, hace un breve instante me dijera,
Que aquella inmensa dicha que gozaba
Se habia de acabar con tanta pena?
Y á nadie contar puedo mis pesares
Porque á nadie hice caso en mis quimeras,
Y nadie á calmar viene mi zozobra,
Y nadie en mi tormento me consuela.
Más ¡ay! que un dia mi querido padre
Del paternal amor por darme muestras,
Me dijo que los padres perdonaban
Cuantas faltas sus hijos cometieran!
Voy á contarle mi dolor profundo
Con el gran desengaño que en mí pesa,
Y á sus pies sollozando arrodillada
Veré si me perdona y aconseja.
Buscó al anciano, y con llorar acerbo
Postrándose á sus plantas la doncella,
Le rogó por su amor la perdonase
Y que tambien su bendicion le diera.
El buen padre miróla conmovido,
Le afligieron sus lágrimas y quejas,
Y mandando que ya se levantára
Le preguntó la causa de sus penas.
Le dijo entonces la angustiada jóven
La falta de su juicio y obediencia,
Las gratas ilusiones que tenia
Y el desengaño recibido de ellas.
Y al escuchar el padre sus palabras

Con voz, le dijo, dolorida y tierna:
«Te bendigo y perdono, Laura mia,
Más tambien te impondré una penitencia:
Que recuerdes las justas reflexiones
Que un día cariñoso yo te hiciera,
Cuando apenas tenias quince abriles,
Y tambien mis prudentes advertencias.
Que contemples mi pecho traspasado
Con el fiero puñal de tus torpezas
Y que solo mi herida ha de curarla
El llanto arrepenido que tú viertas.
No más, Laura, retírate y principia
Desde hoy mismo á cumplir tu penitencia,
Y advierte que el pesar ha de matarme
Si no la cumples bien y con presteza.»
Laura se retiró: triste el anciano
Con un gemido su dolor expresa,
Y una lágrima llena de amargura
Rodó por su mejilla macilenta.



AL PRIMER DIA DEL AÑO.

Es del año la agonía
Y el nacimiento del año.
La esperanza y desengaño,
Lo pasado y por venir.

(C. Coronado.)

¡Salud tempranas horas
Que anunciáis de año nuevo el primer día!
Luz que el oriente doras
Salud, que el alma mía
Llenas hoy con tus fuegos de alegría!

¡Salud y bien venido
Por más que al corazón le traigas daño;
En lo pasado hundido
El postrimero año,
Es ya un recuerdo triste, un desengaño!

Tú la esperanza eres,
Luz que alumbra al mortal en lontananza;
Y aunque á mi vida dieres
Penas y no bonanza,
Es muy consoladora la esperanza.

Más ¡ay de mí! ¿qué espero
Si diez y nueve años ya he contado?
¿Qué alcanzar de tí quiero?
Cuál en tí confiado
Mi corazón en los demás ha estado.

Me darás un recuerdo
Y un peso más á mi doliente vida:
El año con que hoy pierdo
La esperanza querida,
Igual premio me ha dado ha su partida.

La mano poderosa
Del tiempo, te ha de hundir aunque no quieras;
Y la ilusion hermosa
Que á tu nacer me dieras,
Dejará de existir cuando tú mueras.

¡Ay porvenir oscuro
Que hoy otra vez para mi mal renaces!
Risueño, alegre, puro,
Que te contemple haces,
Y tal vez en mi engaño te complaces!

¿Qué encierras en tu arcano?
¿Qué es lo que guardas para mí en tu seno?
¿Serás tan inhumano
Que tu rostro sereno
Me muestres, y de saña vengas lleno?

¡Ah no! que el alma mia
Enagenada de placer se siente
Al ver el nuevo día,
Quizá en el sol naciente
Alguna dicha el corazon presiente.

¡Esperanza querida,
Luz que alumbra al mortal en lontananza,
Ven y alienta mi vida;
Que aunque no halle bonanza,
Es muy consoladora la esperanza!

NO DEJO MI VALLE.

—¿A dónde vais, niñas,
Con esos cendales
—Que tanto os adornan,
Tan bellas os hacen?
—Buscando placeres
Nos vamos al baile,
Que allí nos esperan
Rendidos galanes.
Sus tiernas miradas,
Sus señas amantes,
Con dulce sonrisa
Podremos pagarles;
Y oiremos nos dicen
Cual siempre galantes,
Que son nuestros labios
Preciosos corales.
Allí alegres danzas,
Y polcas y walses,

Bailamos, luciendo
Esbeltos los talles,
Al paso escuchando
Las voces suaves
De «eres tierna niña
Más bella que un ángel.»
¿Por qué tú no vienes?
Tan jóven, ¿qué haces
Aquí retirada
Do no te vé nadie?
¿No miras que nunca
Tendrás un amante
Que *amada* te diga,
Que *hermosa* te llame?
Con nosotras vente,
Volemos al baile,
En él mil delicias
Podremos brindarte.

— Vosotras, amigas,
Corred á buscarle,
Y á mí retirada
Cual siempre dejadme;
Que un dia le dije
A la flor del valle
Se fuese á los huertos
Más viento á buscarse,
Donde miles flores
Lucian su esmalte;
Que allí escucharia
Los cantos del ave,
Del blando favonio
Coloquios amantes,
Y la flor repuso
Con sonrisa amable:
«Aquí el cefirillo,
La brisa suave,

Me dan sus caricias
Viniendo á besarme;
Y el débil perfume
Que exhala mi cáliz,
Les doy con cariño
A fin de pagarles;
Con esto me basta,
No quiero más aire;
Yo vivo contenta,
No dejo mi valle.»



EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

Dios hizo el mundo de hermosura lleno,
Vistió la tierra de fragantes flores,
Un aire puro le prestó y sereno
Con calandrias en él y ruiseñores.

Hizo la mar con olas imponentes,
En un límite supo contenerla,
Y puso en sus entrañas transparentes
La bella concha de la rica perla.

Cubrió de un techo azul el pavimento
Que adornó con bellezas tan estrañas,
Y dando á su edificio complemento
Se alzaron por paredes las montañas.

Alumbró con el sol tan grande hechura,
Y porque nunca su obra se escondiese,
Al ser llegada ya la noche oscura
Mandó á la luna que su luz vertiese.

Luego al hombre formó: no solo quiso
Darle la creacion para sí entera,
Y le dió por morada un paraiso
Porque en delicias y placer viviera.

«Es tuyo cuanto ves, su Dios le dice;
Tu voz será del mundo obedecida,
Eternamente vivirás felice,
Allí tienes el arbol de la vida.

Mas no comas de aquel: yo te prohibo
Que á tus lábios jamás su fruta lleves,
Porque encierra veneno muy activo
Y morirás al punto que la pruebes.»

Esto le dijo Dios: más todavía
Bella y joven le dió una compañera,
Y gozaban los dos de esa alegría
Que el corazon para vivir quisiera.

¡Oh grandeza del hombre! Libre nace,
Como el ave que vuela en el espacio,
Rey de los otros seres Dios le hace,
Su trono el cielo, el mundo su palacio.

Bella, elevada y noble tiene un alma
Que le asemeja á Dios omnipotente,
Y de la dicha la tranquila calma
Escrita lleva en su serena frente.

¡Ah, si el hombre jamás la ley hollara,
Que le impuso el Eterno al darle vida!
¡Cómo nunca la dicha ambicionara
Que ya su corazon tiene perdida!

¡Cómo viera lucir un sol brillante
Sin que nunca la nube lo escondiera,
Que con su luz inmensa y rutilante
De nuestra eternidad reflejo fuera!

Más pecó Adan; del árbol de la ciencia
Quiso el fruto llevar hasta su boca,
Y lo llamó el Eterno á su presencia
Por dar castigo á su osadía loca.

El hombre tiembla al repetir el viento
El eco del Señor; más su delito
No le puede ocultar, y sin aliento
Ante el Juez Soberano vá el precito.

«Adan, le dijo Dios, por el pecado
Estás en mi presencia confundido;
Sal ya de esta mansion, desventurado,
Pues mi potente voz has desoido.

Mi mano te formó del polvo inerte,
«Y al polvo has de volver de que naciste.»
¡Oh sentencia fatal de nuestra muerte!
¡Oh dia aciago, lamentable y triste!

Hoy lo recuerda el mundo, y llanto amargo
Rueda por la mejilla ya abrasada;
¡Tras pena tanta, y padecer tan largo,
Venir, ¡ay! á quedarnos en la nada!

¡Oh, qué grave pesar llena mi pecho
Cuando al sepulcro avanza mi memoria,
Y allí contemplo al hombre polvo hecho,
Humo sus esperanzas y su gloria!

Dormid, Rioja, y Espronceda, y Larra
Maiquez, y Rafael, grandes ingenios;
Que de la muerte la opresora garra
No respetó vuestros divinos genios.

Desparecisteis como sombra vana
Que un mentido fantasma nos figura;
Nacemos hoy para morir mañana...
¡Qué desesperacion! ¡Qué desventura!

¡Vivir llorando sin tener consuelo
De la cárcel del mundo en las cadenas,
Y ser la muerte con su duro hielo
El alivio no más de nuestras penas!

Más, ¡ah! ¡detente, torcedora idea!
¿Dónde me arrastra tu atrevido vuelo,
Que la esperanza que á mi ser recrea
Dejas que mire sin pasar del suelo?

Cuando el Eterno en su dolor profundo
A la infame serpiente maldecia;
Cuando miró que el hombre, rey del mundo
Con pesar amarguísimo gemia;

Dijo su voz: «Alumbrará sereno
Un sol que mire renacer tu suerte;
Nacerá una mujer, y de su seno
Quien el poder destruya de la muerte.»

¡Oh qué dicha! Los años trascurriendo
Brillar hicieron el hermoso día,
Y la promesa del Señor cumpliendo
Como una estrella apareció María.

Y de aquella mujer divina y pura
Cual las primeras luces matinales,
Nació con la esperanza y la ventura
El Santo Redentor de los mortales.

Él nos muestra la tierra prometida
Más allá de la losa mortuoria,
Y al dejar esta cárcel reducida,
Él nos abre las puertas de la gloria



A MI HERMANO JUAN DE DIOS.

Ya pasó la Primavera
Con sus flores olorosas,
Y las horas calurosas
El Estío se llevó:
El Otoño delicioso
Bajo Diciembre se cubre,
Y á Mayo, Julio y Octubre
Crudo Enero sucedió.

No queda ya ni una gala
De la hermosa Primavera,
Siguió el tiempo su carrera
Y todo tocó su fin;
En los campos abundosos
Las espigas se secaron,
Y las flores se agostaron
En el hermoso jardín.

Estamos en el Invierno,
Y en él contemplo, querido,
Al hombre cuando afligido
Tropieza con la vejez;
Vé los cabellos del sol
Más blancos que en el Verano,
Y verás trocado en cano
El rubio de su niñez.

Mira del árbol frondoso
La hoja amarilla caída,
Y observarás de su vida
Terminado ya el gozar;
Advierte el ruido al pisarla
Que resuena en los oídos,
Y escucharás mil gemidos
Lo pasado al recordar.

Tu corazón inocente,
¿No se llena de tristeza
Recordando la belleza
Que ya el tiempo destruyó,
De los árboles frutales,
Del arroyo y de las flores
Que admirando los primores
Estuviste como yo?

Pues si nosotros, hermano,
Lloramos aquellos días
Que canté en mis poesías
Y que á cantar volveré;
¿Cómo el hombre de angustiado
Llorará, de qué manera,
Si pasó su Primavera
Y venir otra no vé?

A UNA VIOLETA.

Cuando la brisa de Mayo
Cruza tibia la pradera,
Y más caliente su rayo
Vierte el sol en Primavera.

Se alzan galanas las flores
Esparciendo su ambrosía,
Y luciendo sus colores
A la luz pura del día.

¡Con qué placer aspiramos
Su perfume en la mañana,
Y el rocío contemplamos
Que tanto las engalana!

¡Cuánto admiramos las hojas
Ya blancas ó ya carmines,
En las clavellinas rojas,
En los cándidos jazmines!

Más ¿quién fija su mirada
Sino el alma del poeta,
En esa flor retirada
Que se llama la violeta?

Vive lejos de otras flores,
Y cuando ninguna brilla,
Ella esparce sus olores
Siempre modesta y sencilla.

¿Por qué, flor bella, no luces
Tu matiz en Primavera?
¿Por qué tu color desluces
Sin que el sol de Abril te hiera?

¿Es que te gusta la vida
Tranquila, grata, dichosa,
Que se tiene en la guarida
De la soledad hermosa?

Por eso te quiero tanto
Linda flor, porque tú vives
En su delicioso encanto,
Porque su brisa percibes:

Porque te alzas cuando alumbra
El tibio sol de Febrero,
Y la ilusion no deslumbra
Tu mérito verdadero.

Pero quizás ¡ay! no falte
Quien te apellide egoista
Porque sola el bello esmalte
Ostentas de tu amatista:

Más no yo, que con dolores,
Vi en el jardín de la vida,
Que en siendo grandes las flores
Valen mucho, flor querida.

¡Oh! ¡cuántas hay que inodoras
Con orgullo alzan la frente,
Y las brisas voladoras
Las columpian, y el ambiente!

En cambio si son pequeñas,
Aunque con esencia y galas,
Apenas les dejan señas
Los céfiros, de sus alas

Bien hiciste en retirarte
No orgullosa, si modesta,
Porque la gloria del arte
No sabes, flor, lo que cuesta.

Y aunque tú lucir podías
En un jardín tus primores,
Y galana encantarías
Igual que las otras flores.

Por tu pequeñez acaso
Tu beldad se desdeñara,
Y que no te hicieran caso
Penas hondas te causara.

Tú no ambicionas la gloria
De que olorosa te llamen,
Esa dicha es transitoria,
Deja que á la rosa aclamen.

Que vale más el contento
Que tienes en tu retiro,
Vale más el dulce aliento
Que de tu cáliz aspiro,

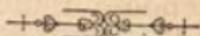
Que el placer con que orgullosa
Sobre su tallo se mece,
En el céfiro la rosa
Que sus hojas estremece.

Y más grato que el prendido
Que de bella se le presta,
Es el hermoso apellido
Que tienes tú *de modesta*.



A UN PAJARO.

Cruza libre los espacios,
Luce en el viento tus galas,
Ya que Dios para ser libre
Ha querido que tú nazcas:
Ojalá que el alma mia
Te llevases en tus alas,
Que vive cautiva y triste
Vertiendo ardorosas lágrimas.
Goza de tiernos amores,
Tu dicha inefable canta,
Que tú nacisteavecilla,
Y yo mujer desgraciada.



A DOLORES,

EN SUS DIAS.

Despierta, Dolores,
Que nace hoy el dia
Causando alegría,
Vertiendo placer:

Despierta y escucha
Del pájaro el trino,
Y vé el matutino
Reflejo nacer.

Del vasto horizonte
Contempla la franja,
Y vé la naranja
Y el verde limon,

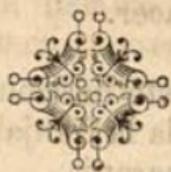
Meciéndose ufanos
En aire ligero,
Y junto el jilguero
Lanzar su cancion.

Contempla las flores
Alzándose bellas,
Las vivas estrellas
Al verse apagar;

Parece que el ave,
Y el sol y las flores,
Hoy quieren, Dolores,
A ti saludar.

Recibe, de Febo,
Al ver la luz pura,
De toda natura
Felicitation:

Y cuando la acojas,
Recibe, querida,
La tierna que unida
Te dá mi cancion.



A UNA AMIGA.

Esa alegría inocente
Que es ambiente
De juventud á la flor,
Veo en tí desaparecer
Y perder
Con el ambiente el color.

Y el huracan de tristeza
Tu belleza
Miro que vá á marchitar;
A tu amiga ven y cuenta
Qué tormenta
Te la quiere destrozár.

Di á la tuya, amiga mia,
La alegría
Quién de tí la arrebató;
Dí, flor abierta recién,
Dime quién
El ambiente te robó.

Si es causa de tu dolor
El amor,
Y no es otro tu pesar,
Vé que en mucho corazon
Tal pasion
Ocupa tambien lugar.

Si lo tienes en ausencia
Y paciencia
No puedes hallar en tí,
Hay tambien mil corazones
Que lecciones
Pudieran darte de sí.

Vé á buscarlas prontamente
Y en tu mente
Ponlas, y en tu corazon;
Para que no te atosiguen
Y fatiguen
Los celos con la pasion.

Y si diversos pesares
A millares
Atormentan tu interior;
Tambien mujeres existen
Que se visten
Cada dia de dolor.

Anda tambien á decirles
O pedirles
Que te refieran su azar:
Anda, niña, y oye atenta
Como cuenta
Cada una su pesar.

Verás despues de mirarlas
Y escucharlas,
Cómo calma tu dolor:
Porque siempre en esta vida,
Mi querida,
Encontramos un peor.

Y si no dejan dechados
Tan variados
Tranquila el alma de ti;
Ven cuando ya te retires
Que te mires
En el espejo de mí.

Hallarás en mí dolores
Muy mayores
De los que puedes sufrir;
Y escucharás muy turbado
Y agitado
A mi corazon latir.

Verás en este tambien
Que muy bien
Arraigado está el pesar;
Y á la vez cuantas heridas
Doloridas
Le atormentan sin cesar.

Verás despues de mirarme
Y escucharme
Como calma tu dolor;
Porque siempre en esta vida,
Mi querida,
Encontramos un peor.

Do quier tiendas la mirada
Contristada
Hallarás una mujer;
Porque somos las mujeres,
Tristes séres
Nacidos al padecer.

Más ya que nuestra condena
Es la pena
Sin poder permuta hallar,
Unas á otras nos miremos,
Y dejemos
Por un rato de llorar.



LA CIERVA.

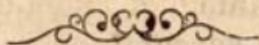
¿Dónde vá la cervatilla
Tan ligera, tan ligera,
Que la planta presurosa
Apenas pone en la yerba?
¿Huye tal vez de los hombres?
¿Huye quizá de la fiera
Que la persigue incansable
Para encarnizarse en ella?
Pero á nadie se vé en torno,
Nadie persigue á la cierva,
Y ella corre sin aliento
Y no descansa siquiera.
Llega á la límpida fuente
Que el puro cielo refleja,
Y rendida y jadeante
El agua á su boca lleva:
Sigue su marcha veloz
Hasta la umbrosa arboleda,
Y le roba tiernos tallos
Sin pararse en su carrera.
¡Desdichada cervatilla
Que nunca un punto sosiega,
Ni para beber el agua,
Ni para comer la yerba!

Era una hermosa mañana:

El sol rompía las nieblas,
Los pajarillos cantaban,
La flor vertía su esencia,
Anunciando el nuevo día
Do quier la naturaleza.
En esas horas felices
En que el mundo se despierta,
Iba un mancebo gentil
Por una alegre floresta.
Más allá un espeso bosque
Movía sus ramas viejas,
Y allí el jóven dirigía
La planta firme y ligera.
Llevaba al hombro una aljaba
Con arco y agudas flechas,
Para entretener el ocio
Debajo de la arboleda;
Que herir no quería al ave
Ni herir quería á la fiera,
Y á lanzar iba á los troncos
Los tiros de su ballesta.
Tiempo hacia que del arco
Lanzaba acertada flecha,
Cuando una, veloz se escapa
Saliendo del tronco fuera.
El raudó viento la arrastra.....
Se escucha luego una queja.....
¿A quién, á quién habrá herido?
Ninguna voz ya resuena.

¿No sabeis por qué camina
Tan ligera, tan ligera,
La cuitada cervatilla
Que apenas pisa la yerba?

Porque un dia que inocente
Andaba por la pradera,
Se sintió de pronto herida
Por la punta de una flecha.
Luchando envuelta en su sangre
Logró arrancar la saeta,
Pero por siempre en el pecho
Le quedó la herida abierta.
Nunca cesan sus dolores
Porque nunca el daño cesa,
Y ni una gota de bálsamo
Hay quien le brinde á la cierva.
Es indudable que solo
Alivio tendrá su pena,
Cuando le arranque la muerte
La vida que la atormenta:
Y así va desesperada
Sin tener segura senda,
Y desalentada corre
Donde su dolor la lleva;
Que la pobre cervatilla
No descansa, no sosiega,
Ni para beber el agua,
Ni para comer la yerba.



ADIOS A LORCA.

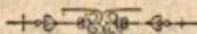
Si al saludarte por la vez primera
Gozoso el corazón latió en mi pecho
Cual pocas veces lo sentí en la vida,
Hoy lo siento latir de igual manera
Para darte el adiós de despedida.
Las gratas impresiones que en mí has hecho
Arrancarme debieran al dejarte
Una lágrima triste,
Pero el mismo placer que al saludarte
Siento al perder los gozos que me diste.
Lloré siempre al dejar lo más querido,
De una amiga al adiós sufrí dolores
Y hasta se vió mi pecho comprimido
Al despedirme de las bellas flores.
Y ¿por qué tan ingrata soy ahora?
¿Por qué me ausento sin que el alma vierta
Una gota de llanto
Cuando deja tu encanto?
¿Por qué, hermosa ciudad, por tí no llora?
Más que la flor tu gala maravilla,
Te miro con cariño verdadero,
Y cual la tierna amiga que más quiero
Me diste tu amistad noble y sencilla:

Más ¡ah! que al despedirme
De la fragante rosa
Para siempre perdía
El ámbar de su córola graciosa,
Y de amistad, temía
El triste olvido, al separarme de ella,
Más tú no eres la flor, yo ciudad bella
Otra vez gozaré tu alegre cielo,
Tu vistosa campiña,
Tu hermoso y fértil suelo
Y todos tus primores
Que no mueren tan presto cual las flores
Yo no veré borrarse con el tiempo
La amistad cariñosa que me ofreces,
Y por eso en mi alma
Siento más dulce calma
Que al dar un tierno adios sentí otras veces.

¡Oh cuán dulce me será el recuerdo
De las horas que he visto
En tu grata morada
Deslizarse con paso quedo y listo!
¡Cuán grato el de la noche sosegada
Que entre caros amigos
Pulsé mi bronca lira,
Y fueron los testigos
De lo mucho que en tí mi alma se inspira!
Y el tiempo al recordar en que ahora gozo
Se elevará mi pecho
Y en su recinto estrecho
Latirá el corazón con alborozo.
Jamás te olvidaré, porque á mi alma
Recuerdos la alimentan;
Los que lleva de tí son halagüenos,
Y cuanto más risueños
La fortifican más, y más la alienta.

Adios, bella ciudad, yo de ti imploro
Que en prueba de mi amor me cante aceptes:
No atiendas á que su eco es insonoro,
Más sí á los sentimientos
Que te quiere expresar con sus acentos.
Adios, adios; recíbe afectuosa
Mi despedida tierna, y á tus hijos
Con quien un lazo de amistad me liga,
Les darás en mi nombre
El adios cariñoso de su amiga.

Y vosotros que vais hácia el Parnaso
Y por su áspera senda
Con docto afán encamináis el paso,
Seguid ese camino
Hasta ganar la cumbre soberana,
Pero al alzar el canto peregrino
No olvideis este adios de vuestra hermana.



A MIS AMIGOS DE LORCA.

EPÍSTOLA.

Quereis, mis buenos amigos,
Que en nuestro lenguaje bello
Que expresa con galanura
Cual ninguno el pensamiento,
De mi reciente viaje
Os describa los sucesos.
Por Apolo nuestro dios
Os juro á fé que lo siento,
Porque en él no hay cosa alguna
Que me inspire por completo;
Y como además mi musa
Es perezosa por cierto,
Con peticion semejante
Me poneis en brete estrecho.
Pero conozco tambien
Por más que comprenda esto,
Que acertado vuestro juicio
Está al esforzar mi ingenio;
Y á pesar de no agradarme
Haré lo que pedis presto,

Por cumplir con mi deber
Y gusto daros á un tiempo.

No mireis si aconsonanto
Seguidos dos ó tres versos,
Circunstancia que en romance
Dicen que es mucho defecto.
No penseis si es la voz propia,
Ni si cae bien el acento,
Ni si aquí hay paranomasía
Y cacafonia luego;
Porque todos los detalles
Contaros en breve quiero,
Y no he de hacerlo á fé mia
Si en pelillos me detengo.

Sabed que de esa ciudad
Cuando ya estaba saliendo,
Un pesar indefinible
Sentia dentro del pecho.
Se anunciaba la mañana
Más apacible en el cielo,
Cuando el manto de la aurora
Ocultaba los luceros;
Y apenas yo reparaba
En aquel fulgor tan bello,
Porque mi mente absorbía
De vosotros el recuerdo;
Y aquel placer que sentí
Bajo del amigo techo,
Cuando os miraba conmigo
Vuestros cantares leyendo.
La luz matinal crecía
Y mi mal iba en aumento,
Porque rápido acercarse
Veía el instante tremendo
En que el placer y el dolor
En mí lucharan adversos.

Al fin llegó: ví á mi padre
Venir amante á mi encuentro,
Y con llanto de alegría
Tenderme sus brazos trémulos.
La dicha que sentí entonces
Explicárosla no puedo,
Que no hay pluma que describa
Sensaciones de tal género.
Pero los caros amigos
Que en mi compañía vinieron,
Tenian que abandonarme
Para volver á ese suelo;
Y si mucho me alegraba
Mirar á mi padre tierno,
Mucho sentia dejar
A mis amigos sinceros.
Llorando les dí la mano
Al darles mi adios postrero,
Y los seguí con la vista
Hasta que no pude verlos.

Lucía una hermosa tarde:
El panorama más bello
Se presentaba á mis ojos
Entre la tierra y el cielo.
Mi humilde cabalgadura
Iba su paso torciendo
Sobre olorosos tomillos,
Sobre floridos romeros,
Que daban su aroma al aire
Al oprimirlos el hierro.
De las silvestres encinas
Caía el fruto en el suelo,
Al agitarse sus ramas
Por los impulsos del viento;

Y verdes y hermosos pinos
Formaban ancho paseo,
Que nos prestaron su sombra
Al penetrar entre ellos.
No manchaba ni una nube
El azul del firmamento,
Y próximo al horizonte
El sol daba sus destellos:
Y yo al estender mi vista
Por aquel cuadro risueño,
Decia al par que las auras
Me halagaban con sus besos:
«No trocara estos perfumes
Por esos del chino imperio,
Ni por una régia estancia
Esta alfombra y este techo.»
Pero al caminar un poco
Mudóse todo de aspecto:
Ya se acercaba la noche,
Y se trocó en aire récio
Aquel aura cariñosa
Que jugaba en mis cabellos.
Aquella alfombra tan rica
Se cambió en ásperos cerros,
Porque la senda perdimos
Que iba al camino derecho;
Y para aliviar mis males,
Cansado ya mi jumento
De la carga que llevaba
Hubo de entregarla al suelo.
Me acordé de Don Quijote
En aquel triste momento,
Pero más de Sancho Panza,
Pues yo su papel haciendo
Iba, caminando humilde
Por aquel breñal espeso,

Tropezando á cada paso,
Por no dejar á mi dueño.
Pero, ¡ay mis amigos! Sancho,
No era como yo tan bueno,
Pues si seguía con gusto
Al valiente caballero,
Era porque él esperaba
Ser gobernador de un reino;
Y yo esperaba tan sólo
Al ir al hogar doméstico,
Hallar mi pluma y mis libros
Para trabajar de nuevo.
Esto esperaba, y á fé
Que era un esperar tremendo,
Y más, cuando en medio estaba
De su carrera, el invierno;
Porque allá en la primavera,
En un muy cercano huerto,
Hay un ruiseñor que canta
Con melodiosos gorgoros,
Y habla con el alma mía
Al lanzar sus gratos ecos.
Con él comparto mis penas,
Con él consulto mis versos,
Y con él canto en mi lira
Las glorias del universo.
Esperando estoy que llegue;
Más en tanto que lo espero,
Escuchadme, que se acerca
Ya dé mi viaje el término.
Me parece que os he dicho
El porte del buen jumento;
Más no dije todavía
Que al encontrarme en el suelo,
No quise probar si el asno
Por una broma hizo aquello:

Y paso á paso, agitada
Y suspirando y gimiendo,
Llegué á la casa que hubiera
De servirme de aposento.
No lo mismo que á María
Y á José me despidieron;
Antes bien, al contemplarme
Les inspiré un sentimiento
De compasion, que al instante
Iban á acercarme al fuego,
Y á prestarme los socorros
Que necesarios creyeron.
Pero yo les hice señas
Porque hablar fué vano intento,
De que un rato me dejaran,
Y mi voluntad cumpliendo,
Esperaron que pudiese
Decirles quién era al ménos.
Entraba en tanto mi padre
Que iba mis pasos siguiendo,
Y como con él tuviesen
Antiguo conocimiento,
Se dobló la compasion,
Se doblaron los extremos,
Y haciendo que antes tomase
Algun poco de alimento,
Me prepararon al punto
Un blando y caliente lecho.

Apenas la luz del alba
Con sus pálidos reflejos
Penetraba del recinto
Por algunos agujeros,
Cuando yo estaba despierta

Recordando los sucesos
Del dia anterior, pensando
Si todo fué vano sueño.
Mas, ¡ay! ¡bien me demostraban
Los dolores de mi cuerpo
Que no soñé, y que era todo
Lo que recordaba cierto!
Pero á pesar de encontrarme
Muy molida y sin aliento,
Me levanté, y á tomar
Me fuí con desmayo extremo,
Pues chocolate no habia,
Té con pan caliente y tierno.
Despues de haberlo tomado
Una torta grande hicieron
Para arreglar los gazpachos
Que es pastoril alimento;
Y guisados muy en breve
Con longaniza y torreznos,
Nos los comimos mezclados
Con tragos de vino añejo.
Fortificado el estómago
Con tan excelente almuerzo,
Nos dirigimos al *barbo*
Los huéspedes y los dueños,
Que es, como todos sabeis,
Una fuente de este pueblo.
Quisiera que hubiérais visto
Para admirar al Eterno
Aquellos raudales de agua
Tan cristalina corriendo,
Y los miles pececillos
Que habia en el nacimiento.
Yo andaba tan distraida
Estas maravillas viendo,
Que me zambullí en el agua,

Y si no acudieran presto,
Quizás, amigos, quizás
Tambien pez me hubiera vuelto.

Ya de allí nos separamos
Para venirnos al pueblo,
En el que entramos á hora
Que el sol se estaba poniendo.

Llegué á mi casa, besé
A mis hermanos pequeños,
Y un estrechísimo abrazo
A los demás les di luego.

No direis, amigos míos,
Que algo sin contar me dejo;
Ya cumpli, quedad con Dios,
Y que Él os conserve buenos.



A LA PRIMAVERA.

Ya hermosa Primavera, el cielo veo
Revestido de azul; do quier se mira
Lo que tanto deseo
De cantarlo en mi lira,
Tenia, por hallar mi gran recreo.

Ya alumbra el sol, y admiro la hermosura
Del firmamento, que en invierno era
Para el alma tristura;
Ya bella Primavera
Se alegra con tu luz la criatura.

Yo sentia mi pecho comprimido
En la estacion pasada de tristeza,
El ánimo abatido,
Y estaba mi cabeza
Por el viento atronada, sin sentido

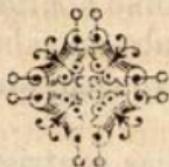
Yo pasaba los dias contristada
Mirando oscurecido el firmamento,
Sin ver bella alborada
Ni cruzar por el viento
Un ave que cantase alborozada.

Contemplaba los campos sin verdura,
Sin flores el jardín y la pradera,
Y la armonía pura
De su voz hechicera
No alzaba el ruiseñor en la espesura.

Desierto estaba todo: el alma mía
No hallaba una belleza en que inspirarse;
Y el corazón sentía
En mi pecho agitarse
Preso de una fatal melancolía.

Pero ya tu luz veo; ya respiro
Tus suavísimas auras olorosas,
Y placentera miro
Tus flores primorosas,
Que alegre contemplándolas suspiro.

Ya alumbra el sol, y admiro la hermosura
Del firmamento, que en Invierno era
Para el alma tristura,
Ya bella Primavera
Siento en mi corazón calma y ventura.



MEDITACION.

¡Qué bellos en la noche sosegada
Son los recuerdos gratos de la vida!
¡Cómo alientan la mente fatigada
Que ya desea reposar rendida!

¡Ah! los recuerdos gratos! lindas flores
Que aunque perdieron su preciosa gala
Desnuda de atractivo y de colores
Suave perfume su corola exhala.

Venid á mí, memorias lisonjeras;
Venid á deleitarme un breve rato,
Dejadme que os contemple en mis quimeras,
Dejad que aspire vuestro aroma grato.

¡Recuerdas, alma mia, que en la infancia
Vagabas en un aura deliciosa,
Que para tí llenaban de fragancia
Azahares ricos, y violeta, y rosa?

¡Recuerdas, dí, que á su amoroso arrullo
Más de una vez dormida te quedaste,
Y que otro viento de mejor murmullo
Con loco afán en tu dormir soñaste?

¡Qué vivos ante tí se reproducen
Con el recuerdo tan dichosos días,
Únicos ¡ay! que para el hombre lucen
Sin que amargue el pesar sus alegrías!

¡Donde está aquel espacio en que volabas,
Aquella dulce y aromada brisa
En que tantos placeres respirabas
Y á tus labios prestaba la sonrisa?

¡Ah! De tu infancia llena de hermosura
El tiempo arrebató las horas bellas,
Y tus sueños de amor y de ventura
También avaro se llevó con ellas.

¡Despierta estás! Al mundo una mirada
Escrutadora, ansiosa has dirigido,
Y su mentira, su maldad, su nada,
Con amargo dolor has conocido.

Y al ver la tierra en goces tan escasa,
Te elevas afanosa á las regiones
Donde la vida entre delicias pasa
Halagada de sueños é ilusiones.

Allí puedes gozar: en ese espacio
Puede tu fantasía arrebatada
Cernerse sobre el mundo, y un palacio
Fundarse en los cimientos de la nada.

Allí puede reinar, y con su mano
Dar premio á la virtud siempre abatida,
Y humillar la cerviz del vil gusano
Que llaman poderoso en esta vida.

Remonta allí tu vuelo; pues tus alas
En este mundo que tu sér encierra,
No pueden ostentar sus ricas galas,
Que es estrecho el espacio de la tierra.



À CERVANTES.

Génio inmortal, si hoy mi lira
Lanza por tí sus acentos,
Perdona, que es para darte
Un tributo de respeto.
Temo que mi voz te ofenda,
No temo turbar tu sueño,
Pues dormir no te dejaron
Aún en dos siglos y medio.
Una flor sencillay leve
Mi canto ofrece á tu génio;
Yo no tengo siemprevivas,
Otros vates te las dieron.
Más sé que fuiste en el mundo
Antes que todo, modesto,
Y por eso á tu memoria
Sencilla cancion elevo.
Pero al pronunciar tu nombre,
Al evocar tu recuerdo,
Y al ver la gloria que alcanzas

Cuando eres ya polvo yerto,
Mi cítara se suspende,
Y arranca noble despecho
De los ojos una lágrima,
Del corazón un lamento.
¡Hoy te aclaman! Te saluda
Con sus aplausos el pueblo,
Te se ofrecen mil coronas,
Te se elevan monumentos:
Y cuando el libro escribías
Que es de tu siglo un portento,
Y admiración de los sabios
Aún á través de los tiempos;
Al dejar la diestra pluma
Casi no hallabas sustento,
Y descanso á tus fatigas
Buscabas en pobre lecho.
¡Oh qué tarde la justicia
Puso en ti sus ojos bellos!
¡Qué temprano la desgracia
Se rebeló contra el génio!
Cumpliendo las duras leyes
De tu destino severo,
Las armas fiel abrazaste
Como recurso supremo.
El rey turco promovía
Cruda guerra al mismo tiempo,
Y sin temer el peligro,
Fuiste el soldado primero
Que á sus huestes invasoras
Presentó el desnudo pecho.
Como valiente luchaste
Cuando en Lepanto te hirieron,
Y en cambio de tus servicios
Tuviste menguado premio:
Igual hoy te sucediera,

Pues por desgracia tenemos
La recompensa en un lado,
En otro lado los méritos.
Más tú el galardón buscabas
Volviendo á tu patria luego,
Y ya surcando los mares
Hecho fuiste prisionero.
Hambre, fatiga, martirio
Sufriste en tu cautiverio,
Y la voz de la justicia
Nunca sonaba en los vientos.
Lejos de la madre patria,
Del hogar amado lejos,
¡Cuántos dolientes gemidos
Exhalaría tu pecho!

Volviste á España: en su espacio
Que viste entonces inmenso,
Lanzó un suspiro tu alma,
Tendió las alas tu géneo:
Pero el insulto y la envidia
Te esperaban en acecho,
Y sobre tu grandes obras
Lanzaron ruines denuestos.
¡Cuánto sufriste en tu vida,
Y qué poco merecieron
Tu valor y tus virtudes,
Tu trabajo y tu talento!
Y es que Dios la recompensa
Te guardaba para luego,
Con la gloria que no muere
Por más que corran los tiempos.
Puedes dar por bien pasados
Tus amargos sufrimientos;
La vida de la materia
Es la vida de un momento,
Y la vida de la gloria

No se marchita tan presto.
Los siglos dan al hundirse
Tu nombre á los venideros,
Esa es la póstuma vida,
Ese es, Cervantes, tu premio.
Doquier se escucha tu nombre,
Do quier retumban los ecos
De las voces que te aclaman
Por el rey de los ingenios.
Tu corona la han formado
Los nobles y los plebeyos;
¡Grande es el hombre que ciñe
El laurel que teje el pueblo!
Esa gloria sólo es tuya;
Pues tú sólo hallaste el medio
De agradar al ignorante
Dejando al sábio contento.
Y esa gloria que miraron
Con gran envidia otros pueblos,
Es de España, se la diste
Como una leccion á tiempo;
Pues siempre que se envanezca
De que naciste en su seno,
Tendrá presente tu vida
Y sabrá premiar el mérito.
¡Ojalá que no faltaras
Ni un instante en su recuerdo,
Que de ese modo las letras
Tendrian más alto puesto!
Hace tiempo que se miran
Arrojadas por el suelo,
Pues se posterga á los hombres
Que les rinden su talento:
Y en tanto honor y riquezas
Se prodigan sin respetos
Al que hace de sus ideas

Ignominioso comercio.
¡Ojalá te fuera dado
Venir al mundo de nuevo,
Y escribiendo otro *Quijote*
Grande y de distinto género,
A la sociedad purgáras
De esos errores funestos!
Entonces vieras tu frente
Ceñida del lauro eterno
Que con férvido entusiasmo
El mundo ha dado á tu génio.



LA MUERTE DE ABRAHAM LINCOLN.

¡Alzad esclavos la abatida frente!
Ya rota, sacudid vuestra cadena,
Y lánzese á volar vuestra alma ardiente
De libertad por la region serena.
Ya brilla en vuestro cielo
La luz de la igualdad, la lumbre pura
Con que alumbró el Eterno
Su prodigiosa hechura:
Esa luz viva que ocultó la densa
Niebla del señorío,
Oscureciendo el anchuroso espacio,
Do el espíritu goza de albedrío.
Mejor que esclavo el hombre en el palacio
Vive en la humilde choza,
Donde por siempre goza
De libertad cual águila altanera.
Cuando elevaba á la azulada esfera
Mis ojos y mi alma,

Y á las aves veía
De diverso color en el plumaje
Tender su manso vuelo,
Y ora posar su planta en el follage,
Ora con alegría
Sobre sus alas remontarse al cielo,
Con triste desconsuelo
A vosotros, hoy libres, recordaba,
Porque teniendo un alma grande y noble,
El látigo en el rostro os castigaba
Pero esto concluyó: vuestras cadenas
Rotas quedaron, y vosotros libres;
Ya se acabaron las amargas penas
¡Oh madres! al mirar al hijo amado
Que os arrancaban sin piedad del seno,
Y en infame mercado
Al dueño más cruel se le vendía
Si por él ofrecía
Algunos más dollars que un amo bueno!
¡Salud, hijos de América libertos!
¡Salud hijos de América salvados!
¡Salud, que estabais humillados, muertos,
Y hoy, ya libres, estais resucitados!
Más ¿dónde está la mano poderosa,
Valiente y generosa
Que vuestra libertad, vuestra alegría
Os devolvió en un día?
¿Dónde está el hombre que os tendió esa mano
Limpiando vuestra frente
Del sello vil que esclavos os marcaba,
Que la estrecheis con entusiasmo ardiente
Pues que el fiero dolor os aliviaba?
¡Oh! lágrimas, corred! Ni resistirse
Mi pluma puede ya á mojarse en llanto,
Qué palabra ¡ay de mi! que amarga tanto
Con lágrimas no más ha de escribirse!

¡Murió!! murió Lincoln en el instante
Que América la jóven sonriendo,
Estaba con orgullo bendiciendo
Al gran libertador: cuando ceñía
El laurel inmortal lleno de gloria
A su frente sin mancha, y recogía
La palma tan gentil de la victoria.

No le dejaron que gozase en calma
La dicha que sentía
Viendo que libres sus hermanos eran;
Al mirar que su alma
Grande como la idea que la henchía,
Les había ya dado
Aquella libertad, dulce á su pecho
Como fuera el manjar más delicado
Al mísero que llora,
Por acallar en su tugurio estrecho
El hambre que le affige y le devora.

¿Por qué apagaste tan preciosa vida
Asesino cruel? ¿Acaso ciego
No veías al hombre que salvaba
A su pátria infeliz, que de oprimida
Gotas de sangre con dolor lloraba?
No era Abraham el déspota inhumano
Que regía á su antojo
Al pueblo grande que su voz oía;
Era el amante hermano
Que modesto y celoso, presidia
Por unánime voto,
La república que él ha redimido,
Y cuando el hilo de su vida has roto,
Un miserable fraticida has sido.
¡Ah maldito Booth! si en tu conciencia
Oyes grito profundo,
Es de la humanidad voz que te acusa
Llenando con sus ecos todo el mundo!

Y nada conseguiste; porque al cabo
La justicia triunfó, y aquel derecho
Que tenia el señor sobre el esclavo,
Será de hoy más en su liberta lengua
El manchado blason de vuestra mengua.

Más un gemido escucho lastimero.....

¿Qué voz tierna suspira

Que suspende el acento de mi lira?

¿Eres tú, pueblo libre, que afligido

Lloras al hombre que te amaba tanto?

Seca el amargo llanto:

Ya la mision sagrada

Que el aire de los bosques respirando

Le fuera encomendada,

Ha dejado cumplida;

Y abandona la vida

Donde ya no le queda que hacer nada.

¡Oye su voz que vibra en el espacio!

Postrado ante el Eterno

A rendirle las cuentas de su alma:

Señor, le dice con sonrisa leda

Y con tranquila calma:

«Aquí estoy á tus pies; cumplida queda

La mision que me distes en el suelo;

Tú salvaste á los hombres del pecado;

Yo de la esclavitud los he salvado.»

